

Revista Exocerebros



Sexta Edición

NÚMERO 6, ENERO 2024

Selección de textos:

Marilinda Guerrero Valenzuela

Ugla Horrorwitz

Gustavo Chávez Marcos

Revisión y corrección:

Eddy Roma

Diagramación:

Sión Editorial

Ilustraciones interiores:

Ilustraciones generadas con ayuda de Midjourney

Ilustraciones en Tinta:

Froy Balam

Fotografía portada:

Pinterest

Arte Contraportada:

Helder Sousa



AVISO LEGAL

La responsabilidad sobre la legitimidad de los derechos de propiedad intelectual correspondientes a los contenidos publicados en Revista Exocerebros, así como la titularidad de estos, pertenece a sus respectivos autores.



Ilustración: Froy Balam

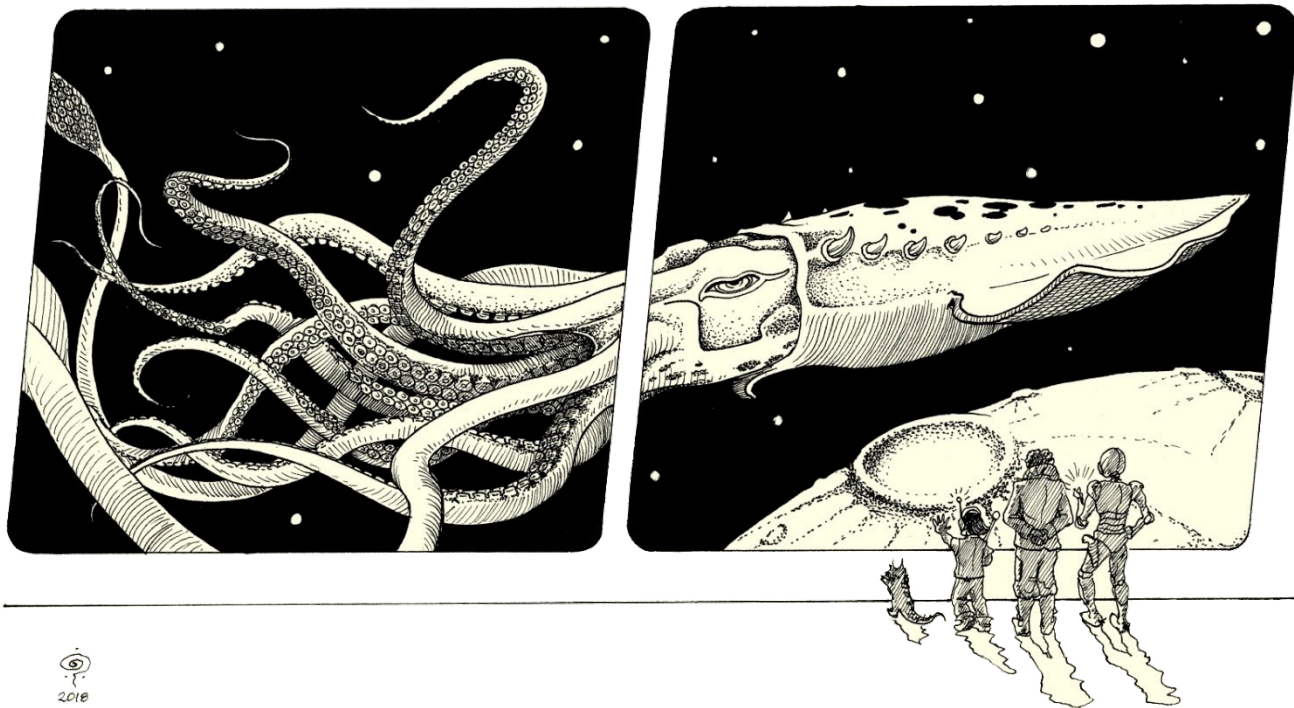
| **BIENVENIDOS**
Buscadores de mundos Ucrónicos

Con mucha alegría liberamos el sexto número de la Revista Exocerebros. Uno de nuestros objetivos es ser un medio de publicación de textos dentro del género de la ciencia ficción y en esta ocasión, nos lanzamos a la búsqueda de relatos sobre abducciones, abordados desde la ficción especulativa (ciencia ficción, horror, fantasía) donde se asumiera la vida en otros planetas.

Las abducciones desde la perspectiva de Thomas Bullard son descritas en varias etapas que son: captura, examen, deliberación, excursión, viaje a otro mundo o realidad, teofanía (contacto o visión de una entidad divina), regreso y consecuencias. Así mismo, Bullard aclara que un fenómeno de abducción puede tener todas las etapas mencionadas o alguna de ellas.

Fueron muchos textos los recibidos, lamentablemente tuvimos que escoger un número limitado. Agradecemos a los escritores que nos confiaron sus textos y los que no fueron seleccionados los instamos a que sigan enviando en las siguientes convocatorias. En esta edición, contamos con un prólogo del genial Uggla Horrorwitz, que hace poco realizó una increíble investigación sobre el tema. También, tenemos la sorpresa y el honor de contar con un cuento del autor mexicano Roberto Abad.

No nos extendemos más, pasen adelante.



2018

Ilustración: Froy Balam

ÍNDICE

AUTOR	OBRA	Pág.
Ugla Horrorwitz	Prólogo	09
Pancho Ruiz	La caja	11
José Luis Alonso	Azar cósmico	16
Mauricio del Castillo	Había un edificio torcido	18
Carlos Enrique Saldivar	El elegido	26
Eduardo Omar Honey Escandón	El mero jefe	29
Carlos Ruiz Santiago	El recipiente del todo	34
Manuel Josue Hernández Bravo	La diáfana quimera	39
Rodrigo Ayala	Lo extraños ojos de Tadeo	46
Roberto Abad	Historias sobre mi familia	54

PRÓLOGO

Resulta difícil imaginar la ciencia ficción sin la figura arquetípica, mecanizada y romantizada del robot; o sin la presencia de las aeronaves que surcaban el cielo y el espacio que a inicios del siglo XX maravillaban y enloquecían a un mundo que las miraba como un suceso muy lejano; o sin la presencia de los viajes y los brincos en el tiempo. Sin embargo; no resulta difícil imaginarla sin el tópico de la abducción extraterrestre, -enfático lo de extraterrestre, porque el fenómeno del rapto por entes o criaturas que no sean extraterrestres, lo podemos encontrar en los cuentos de hadas, los relatos feéricos, las epifanías y en diferentes tipos de relatos de corte fantástico-.

La abducción en la ficción literaria es el hijo bastardo de la invasión extraterrestre y el fenómeno OVNI. Y como tal, se esconde detrás de estos, o se explora de una manera muy vaga. Si buscamos relatos de personas raptadas por naves extraterrestres, o sus tripulantes, en las primeras producciones de relatos del género a principios del siglo XX¹ podríamos encontrar unas cuantas decenas de ellos, y aunque parezca que no es un número despreciable, es una niñería junto a la producción de relatos contruidos bajo los tópicos de los platillos voladores, las invasiones extraterrestres o las guerras entre mundos. Pareciera que la premisa siempre fue conquistar y apoderarse de este planeta, y no tanto aventurarse a construir una perspectiva crítica de nuestra especie desde una mirada exterior.

Si miramos el tópico desde el punto de vista del terror, notaremos que el horror cósmico de Lovecraft rompió el velo antropocéntrico del horror gótico y victoriano, y nos dejó a la deriva con el miedo a lo arcano, a lo intemporal, a lo que podría existir desde hace mucho en este mundo y en otros mundos.

A pesar de esto, si revisamos la literatura sobre abducciones, veremos que gran parte de ella versa sobre experiencias “reales”, desde crónicas en periódicos de diferentes épocas hasta experiencias llevadas a libros. Esto sin contar los relatos sobre naves en el cielo, seres luminosos y desapariciones de personas tras los avistamientos, de los que dejan huellas libros como la biblia, el Popol Vuh o algunos textos egipcios. Sí, el hombre siempre ha tenido una fascinación por lo que existe en la inmensidad del cielo.

El rapto, la pérdida de conciencia, el mensaje de otros mundos, la teofanía son etapas dentro de las abducciones extraterrestres que fueron tomando forma con los años a lo largo del siglo XX, todas ellas de la mano de los ufólogos y de los creyentes, lo que ha convertido al tema del fenómeno OVNI y de abducciones en toda una mitología moderna. Un fenómeno lleno de matices y carices que se ha alimentado del miedo y del imaginario colectivo y que, si se mira como eso, una serie de mitos modernos, nos daremos cuenta que aún hay muchas áreas del

1 Aunque sabemos que hay más producción literaria del género de ciencia ficción en siglos anteriores consideramos los primeros relatos del siglo XX como el corpus fundacional de este.



tema que han sido poco exploradas desde el ojo de la ficción.

Los textos elegidos en la presente antología exploran muchos de estos temas. Con una mirada fresca que se gesta desde diferentes latitudes, estas historias nos acercan al fenómeno de las abducciones, y esperamos que inciten a quienes las lean a que se acerquen, no como creyentes sino como lectores o escritores, al extraño mundo ufológico. Que se adentren en las entrañas del rapto extraterrestre y sus consecuencias (sea posible, o no), lo exploren para descubrir lo interesante y nutritivo que puede resultar para los amantes de esa ficción que emerge de lo raro, lo especulativo y el miedo.

Ugla Horrorwitz





LA CAJA



La caja vino a mí el día de mi cumpleaños cuarenta y cinco. Mi hija Sophía me la ofreció envuelta en un papel de regalo color rojo que tenía por encima una moña plateada. Cuando quité el papel me sorprendió la simplicidad del objeto, y es que solamente se trataba de una caja: pequeña, lisa, transparente, fabricada con alguna clase de ¿plástico o cristal? muy resistente, sin ninguna entrada ni conexión, sin tapadera ni puertas. Una simple y llana caja. Cuando pregunté por su procedencia, me confesó que la adquirió en un mercado de pulgas de la capital y, conoedora de mi gusto por los objetos raros, la había comprado de inmediato. Hice una búsqueda de alguna inscripción, algo que me dijera en qué país fue hecha, quizá el nombre del fabricante, o su nombre comercial, pero nada. ¡No había nada! Estaba completamente rellena salvo en su centro: había allí una pequeña esfera negra, agujereada, como suspendida en una burbuja de aire. Al parecer en su interior había algo más, tal vez una roca o un trozo de metal. Esa misma noche, después de observarla con intensa curiosidad, la guardé sobre mi escritorio, en medio de la biblioteca de mi casa. Fui a dormir con la sensación morbosa de saberme dueño de un objeto de verdad maravilloso.

Al día siguiente desperté pensando en ella y me propuse revisarla al final del día, al regresar del trabajo. Esa mañana me encontraba algo excitado, inquieto. Había soñado con un pueblo inundado, en cuyas calles trataba yo de avanzar con el agua hasta las rodillas. La gente de aquel lugar se había reunido en un alto edificio que parecía ser una escuela y esperaban ahí para ser rescatados en medio de un terrible vendaval. Desconocía cuál era mi papel en aquel extraño sueño y recordé con extrañeza que todo el tiempo traté de mantener protegida entre mis manos ¡una caja! Sí, la misma caja que ahora estaba en mi escritorio. Me divertí pensando en la fuerte impresión que había causado aquel extraño obsequio en mi mente, tan fuerte que hasta me hacía soñar con la dichosa caja.

Por la noche, ya en casa después de un agotador día de labores, ahí estaba yo revisando mi caja. Un sabor raro en la boca me recordó que no había cenado, abstraído totalmente en aquel objeto que me intrigaba tanto. En la internet no había nada acerca de él, salvo juguetes y otros artículos parecidos, pero esencialmente distintos. Sin remedio volví a guardarla y me dispuse a descansar.

Un par de semanas después, algo extraño de verdad me ocurría. El sabor raro en mi boca, se había tornado metálico, se volvió insoportable y después de verificar minuciosamente lo que estaba comiendo, el agua que bebía y acudir al médico —pues creí estar enfermo—, no pude explicarlo razonablemente. Los insólitos sueños se hicieron más constantes y perturbadores.

La caja continuaba en mi escritorio y en medio de lo que yo creí quebrantos de salud, no dejaba de admirarla. Compré una lupa que utilicé con ahínco por horas, tratando de dilucidar sin éxito el extraño objeto que flotaba misterioso dentro del pequeño cubo. Desesperado, pensé en cortarla o abrirla usando una sierra industrial, pero lo descarté pronto, creyendo que aquel objeto no merecía ser destrozado, y también me sentía avergonzado pues me ofendía el hecho de



tener que recurrir a una técnica tan primitiva ante mi falta de creatividad y éxito.

Justo en esos días soñé en repetidas ocasiones, mientras me incendiaba en terribles fiebres nocturnas, mi visita a planetas desconocidos, en sistemas solares extraños y lejanos, sumergidos en increíbles cataclismos cuyos efectos destruían toda clase de vida, toda clase de seres y entidades. Y yo siempre en medio de la acción, huyendo, tratando de sobrevivir, espantado, horrorizado, con la caja entre mis manos, cuidándola, protegiéndola ¿de quién o de qué? ¿por qué y para qué? Cuando despertaba, lo hacía sobresaltado, agitado, totalmente espantado. No obstante, aún despierto, mi prioridad era siempre la seguridad de aquella caja, pues sólo abría los ojos y corría hasta mi escritorio para cerciorarme que permaneciera ahí. A estas alturas el sabor extraño y metálico en mi boca se había tornado ahora en un amargor insoportable. Había algo en mi boca que generaba aquel desagradable salivar que inundaba mis papilas gustativas y cubría mi lengua de una sustancia intragable. Mi apetito se había esfumado y sólo podía beber agua que inútilmente bajaba por mi garganta sin llevarse el mal sabor.

Pronto, en un estado de psicosis profunda y temiendo perder ¡mi caja!, comencé a asistir al trabajo llevándola entre mis pertenencias. El miedo a perderla, a que me la robaran, a que un extraño se la llevara lejos de mí, me horrorizaba inexplicablemente. En la oficina conseguí guardarla bajo llave en la gaveta grande de mi buró. En aquellos días perdí cualquier capacidad de concentración y mi mente se enfocaba exclusivamente en aquella caja y en los probables pero desconocidos riesgos que corría. Mi paranoia era tan grande y tan grave que veía en mis compañeros de la oficina —en todos— a seguros y malvados agresores.

Una tarde, al ver por la ventana desde el quinto nivel donde nos encontrábamos, alguien soltó la noticia de que una gran tormenta se avecinaba. Efectivamente el cielo se había tornado de un gris profundo y nefasto, las nubes cargadas se acercaban raudas y la tormenta eléctrica iluminaba el espacio agitando todo con sus rayos y truenos. Muy pronto los vientos huracanados mecían todo, hasta el punto de derribar árboles y vallas que volaban sin control por los aires. La energía eléctrica se vio interrumpida y la mayor parte del personal caminaba a tientas por los corredores del inmueble cuando no se arrastraban por el suelo, pues el piso temblaba y los objetos caían de las estanterías y escritorios. Llovía a raudales y la tempestad era tan severa que corrí hasta mi buró de donde tomé la caja, pues temía lo peor. Como un animal, en cuatro patas y en alerta máxima, me escurrí hasta el sexto y último piso. Arriba sólo quedaba la azotea al descubierto. En un rincón de este nivel del edificio que era utilizado como una enorme bodega, me acurruqué y protegí —a mí y a la caja— por espacio de algunos minutos antes de que ocurriera el desastre. Al medio del recinto, sin mayor aviso y de la forma más violenta, el techo fue arrancado de la estructura que lo sujetaba y como si se tratara de papel, fue succionado y elevado por una tromba horrorosa y fortísima que giraba endemoniadamente. Todo el material almacenado, todos los muebles y estanterías volaron por el aire como si carecieran de peso. El agua y el viento entraron en la vieja bodega y revolvieron y destruyeron todo a su paso. Eso ocurrió muy probablemente



en cuestión de segundos, aunque a mí me parecieron horas largas y angustiosas. Pronto, así como había aparecido, la tormenta se detuvo y tuve la impresión de que la calma era falsa y momentánea. Me creí en el ojo perverso del terrible huracán a la espera de acontecimientos más destructivos. Me levanté del rincón donde me encontraba, y entre una gran cantidad de escombros me dirigí al centro del recinto destruido. Una luz fuerte iluminaba desde el cielo y creí que era el sol filtrándose entre las nubes. Pero esta era una luz distinta, era fría, más intensa, vibraba a través de mi cuerpo. Permanecí parado, bajo esta luz que todo lo cubría, que todo lo bañaba, y de pronto, comencé a sentir que mis entrañas eran comprimidas. Mis músculos iniciaron una serie de espasmos por los cuales perdí de forma absoluta el control de todo mi cuerpo. Acto seguido, la inconsciencia total.

Desperté en medio de un caos de luz, sombras y ruido ensordecedor. Mi conciencia estaba muy nublada y no atinaba a saber en dónde me encontraba. Experimentaba una náusea profunda y un dolor de cabeza atrofiante. Con todo y lo turbado que me encontraba, recordé la caja, ¡mi caja! Ya no estaba en mis manos. Tirado donde estaba, con mis manos trémulas y terriblemente torpes, traté de tocar todo alrededor, buscando desesperado la caja. La movilidad de mi cuerpo era limitada y mi visión cortísima. Nunca supe dónde me encontraba. Arrastrándome débilmente, casi ciego y sintiéndome muy enfermo, avancé por el recinto donde me encontraba, buscando una puerta, una ventana, un muro donde apoyarme para ponerme en pie. No encontré nada. Poco a poco las luces se apagaron, el ruido molesto fue mermando y el silencio y la obscuridad reinaron en todo el espacio. Quedé en la sombra profunda por mucho tiempo, hasta que una abertura circular iluminó el recinto al abrirse desde arriba, sin hacer el menor ruido. Una especie de bruma penetró hacia abajo y más tarde, flotando espectralmente, descendió un ser casi incorpóreo, casi inmaterial, lumínico, pero de aspecto humano. Sin caminar, levitando de manera perfecta, fue hasta donde me encontraba. Se detuvo frente a mí y de forma inexplicable, señalando mi cuerpo, me levantó usando alguna fuerza extraña. Yo estaba aterrado, sabía que aquel ser no era un fantasma y tampoco aceptaba la idea de estar muerto. Estaba allí, aturdido, asustado, enfermo, pero de ninguna manera muerto. Lentamente se fue acercando y en vez de detenerse cuando nuestras caras estuvieron una frente a la otra, simplemente avanzó hasta meterse en mí. ¡Qué horror sentí en aquel momento! Una sensación de helidez me invadió y pensé que ese sería el fin. Pero entonces, las imágenes surgieron en mi cabeza.

Lo primero que vi fue una galaxia que no era la nuestra. Después vino a mí la imagen de un planeta anaranjado, muy oscuro, iluminado apenas por una estrella roja moribunda. Cuando quise acercarme, de forma automática divisé ciudades enormes, intensamente iluminadas, triangulares y perfectamente ordenadas. Cuando quise llegar hasta las ciudades, de inmediato estuve parado frente a edificios magníficos y monumentales, en cuyo interior se levantaban gigantes cas efigies de antiguos gobernantes, reyes, e inveterados viajeros y expedicionarios. En uno de aquellos edificios, probablemente el más formidable, encontré un ser como el que ahora me po-



seía. Hacia oficios relacionados con alguna práctica religiosa, o reverenciaba a alguna divinidad para mí desconocida. En un altar que ocupaba la parte central de aquel salón, sobre la superficie de una mesa sagrada, estaba la caja. Pequeña, sola, sin más artefactos, al centro de aquel que podría ser un rito importante para aquellas personas. Me había sido arrebatada para que ellos la colocaran ahí mismo. Cuando mentalmente me pregunté el porqué de aquel despojo, se me fue revelada la historia más increíble en una serie de imágenes que pasó por mis ojos a gran velocidad. Vi un estallido primigenio, una partícula diminuta que explotó tan violentamente que dio inicio al tiempo y el espacio. Todo lo que existía, toda la materia, la antimateria, toda la energía, toda la luz, absolutamente todo provino de ella o de la explosión que generó. Vi completo el nacimiento y el desarrollo de todas las galaxias, la muerte de las estrellas, la explosión de grandes agujeros negros, y la generación de distintas clases de vida teniendo como base el polvo de millones de soles muertos. Sentí que mi cabeza explotaba por tanta imagen y conocimiento revelado en un instante. Pero además me mostraron que hubo un tiempo en que aquellos seres tuvieron en su poder y control aquellas partículas —diez exactamente— generadoras de universos; una guerra intergaláctica provocada por la ambición de poseer aquellos objetos tan preciosos y destructivos, al final, después de esconder las partículas en distintos puntos del universo conocido —la Tierra era uno—, me mostraron cómo una de esas partículas, probablemente el arma más potente nunca vista, ¡terminó en mis absurdas y fútiles manos! ¡Yo tuve en mi poder el objeto que podría acabar con este universo e iniciar uno nuevo! Ahora ellos lo habían recuperado. Y eso fue todo.

Desperté sobre la azotea del edificio que la terrible tormenta había destruido. Personal paramédico trabajaba en mí. Dijeron que había recibido un fuerte golpe en la cabeza y que al principio me creyeron muerto. Debido a mi solicitud buscaron la caja, nunca la encontraron. El sabor amargo en mi boca desapareció.

Pancho Ruiz (Guatemala, 1977)

Vive en Amatitlán. Se considera un lector voraz y por ello vive inconforme con la cantidad de libros que lee. A veces escribe, y escribe porque no le gusta la realidad en la que vive. Escribir le permite crear mundos donde le gustaría existir.





AZAR CÓSMICO



La nave espacial se detuvo a la altura de la Luna cuando sus dos tripulantes presenciaron el inicio de las explosiones. Multitud de hongos crecían sobre la faz de la Tierra, liberando sus esporas de desolación y muerte. Un manto fúnebre fue envolviendo toda la superficie del planeta. Ambos alienígenas sabían que muy pocas formas de vida sobrevivirían a aquella noche gélida y eterna.

—Humanos, tan especiales como estúpidos —sentenció uno de ellos con mezcla de indignación y lástima.

Su compañero se volvió para mirar a la mujer que transportaban en la cabina de ingravidez, sumida en un profundo sueño. La llevaban de vuelta después de haberla abducido de madrugada. Y la habrían depositado a las puertas de su casa antes del lanzamiento de los primeros misiles nucleares, si no se hubieran pasado la salida en aquel interminable agujero de gusano.

José Luis Alonso (Madrid, 1972)

Ha publicado relatos en las revistas *Creepy*, *Calabazas en el trastero*, *Sueños de la Gorgona*, *Sable*, *Pulporama*, *Mordedor* y *Calíope*. También en las antologías *Hay otros mundos*, *Orgullo zombi 2*, *Casi cien instantes en un santiamén*, *Sueños, visiones, terrores* y *Bocaditos del Bosque Oscuro 2023*. La editorial Tusitala ha publicado mi libro de relatos *En tiempo de monstruos* y mi novela de género fantástico *Ehyjvanna*, *La Viajera*.

Azar cósmico fue publicado en la antología *Bocaditos del Bosque Oscuro 2023*, así como también fue recitado en el podcast *Cuentos del Bosque Oscuro*.





HABÍA UN EDIFICIO TORCIDO



Emergió en lo que parecía ser un callejón. Cuando la materia de su inestable cuerpo se endureció y se tornó rosado, comenzó a arrastrarse. Su progreso no tardó ni cinco minutos y ya estaba en pie, más sólido y seco que nunca. Tomó la primera puerta y observó artefactos amontonados, periódicos amarillentos y ropa húmeda. Notó la imagen fija de un ser humano con lo que parecía ser un aditamento encima de su frágil y alargado cuerpo. Después inspeccionó el suyo propio y se percató que no llevaba nada puesto: debía realizar una simulación. Revisó entre la ropa y halló un traje café. Enseguida tomó una camisa arrugada y una corbata deshilachada de las orillas.

Su rostro era grotesco, sin labios, párpados o pupilas. Sus ojos eran demasiados saltones y carecía de orejas. Luego de mirar su deforme rostro en un espejo y compararlo con el de la imagen fija supo que debía hacer unos ajustes. Pasó sus dedos sobre sus facciones y alargó un músculo por aquí, un hueso por allá. Tardó cinco minutos en alcanzar la transformación final.

Salió de ahí, listo para interactuar con ese mundo. No estaba seguro si saldría bien librado. Tambaleando, salió del callejón e intentó cruzar la calle, pero un automovilista se lo impidió con un bocinazo. Tomó la misma dirección que el resto de los seres humanos sobre la orilla, y fue entonces que reparó en su mal caminar. Acopló huesos, tendones y cartílagos. Enseguida se irguió y continuó caminando, esta vez con la postura correcta.

Sin embargo, una multitud le salió al paso, casi al cruce de una avenida. Se dejó ir sin importarle los bruscos empujones.

La masa de personas se dispersó al llegar a la entrada del metro. Aquel ente se encontró libre y sus pasos lo guiaron a la zona de corporativos ubicada en la principal avenida de la ciudad. Un pequinés le ladró y decidió entrar al recibidor de un descomunal edificio, cuya placa decía «Corporativo Señorial». Una joven, sentada tras un amplio escritorio de caoba, estudiaba unos informes. Se impresionó por los rasgos atractivos del recién llegado.

Se alisó el cabello y dijo, casi en un balbuceo:

—Usted debe ser Rosel. Enrico Rosel. Creo que lo están esperando en el quinto piso.

Le pasó por encima de su cuello una tarjeta plastificada que decía «Visitante».

Rosel entró en el elevador y arribó al quinto piso. Ahí, una asistente tuvo un sobresalto luego de hallarlo en la puerta de la oficina, diciéndose una y otra vez que este era el hombre más guapo que había visto en su vida.

Acompañado de la asistente arribó a la sala de juntas y se encontró con una enorme mesa ovalada. Justo del otro lado se hallaban dos machos humanos, con vestimentas semejantes a las suyas. Uno de ellos le estrechó la mano y dijo:

—Mucho gusto, Rosel. Soy el licenciado Poveda. Este es el ingeniero Córdoba. Lo esperábamos.

Rosel imitó una sonrisa. Córdoba apareció con un rótulo y unos planos. Enseguida dijo:

—Es importante que sepa que el inmueble debe quedar terminado en tres años. Las licitacio-



nes y las contrataciones del personal de construcción ya están siguiendo su curso. Esperamos que no haya contratiempos.

Rosel estuvo a punto de decir algo con un gruñido, pero Poveda lo interrumpió:

—Por supuesto que su contratación dependerá de nuestro punto de vista. Creemos que su agencia es respetada y por ello será tomada en cuenta.

—Estamos agradecidos con ustedes —dijo el ingeniero Córdoba—, pero antes que nada quiero saber si tiene alguna propuesta original en cuanto al diseño.

Luego del silencio del recién llegado, Poveda intervino:

—¿Tiene alguna propuesta, Rosel?

El aludido miró con detenimiento el bolígrafo en la mano del ingeniero Córdoba. Se lo arrebató y se dirigió al rótulo con los planos del edificio. Antes de comenzar, para sorpresa de todos, puso la lámina de cabeza. Enseguida comenzó a trazar encima de ella.

El licenciado Poveda intentó detenerlo, pero Córdoba le puso una mano encima y dijo:

—¡Aguarde! Deje que termine.

La mano de Rosel trazaba las líneas más rectas y los círculos más redondos a mano alzada que el ingeniero Córdoba hubiera visto. No necesitó de reglas o calculadoras integrales para conocer las medidas. Luego de su breve caminata por la ciudad, tomó en cuenta las construcciones hechas por los humanos, y llegó a la conclusión de que eran primitivas, burdas y básicas. Por lo tanto, un ser promedio como él podía entender a la perfección el diseño y construirlo.

En cuanto terminó, el ingeniero observó la lámina con el plano y dijo:

—Muy original. Muy vanguardista.

Poveda no dejaba de menear la cabeza.

—Coincido con usted, ingeniero. Creo que tenemos al ganador.

—Quiero que lo lleve a cenar luego de que firmemos el contrato. Después sería interesante que visiten el terreno.

El ingeniero Córdoba estuvo a punto de enderezar el plano, pero recibió como respuesta un manazo de Rosel

—¡Caray! Sí que tiene carácter. Eso me gusta.

Poveda llevó a Rosel a comer mariscos. A Rosel le resultaron desagradables: el olor que desprendían era nauseabundo y su textura un tanto inconsistente. La ensalada marinada fue más apreciada, aunque le cayó mal a su sistema biarticulado de digestión.

Ya era de tarde cuando arribaron en auto al terreno donde se edificaría el inmueble. Poveda y el ingeniero Córdoba tenían una idea bastante clara de su diseño. Rosel también, aunque con algunas particularidades.



* * *

Al día siguiente una serie de bocinazos, gente curiosa y policías fueron los primeros reunidos antes de que saliera el sol por la mañana. Los reportes eran difíciles de entender, así como los primeros comentarios.

La secretaria del ingeniero Córdoba se asomó a la oficina y dijo:

—Ingeniero, creo que necesita ir a ver el terreno.

—¿Qué sucede? —preguntó Córdoba.

—Es la policía. Llama acerca del edificio.

—¿Edificio? ¿Cuál edificio?

Luego de la llamada se reunió con el licenciado Poveda y tomaron un auto con dirección al terreno. Dos cuadras antes se detuvieron debido a la muchedumbre que no permitía el paso. Siguieron a pie hasta media cuadra y lo vieron ya construido.

Se trataba del edificio. O lo que se suponía debía terminarse en tres años y no de un día para el otro. Las autoridades de la ciudad estaban confundidas. Varios arquitectos e ingenieros civiles opinaban que su construcción era algo inconcebible.

Poveda lo miró pasmado y Córdoba manifestó molestia. El que estuviera de cabeza no tenía función práctica. Pensaron que se trataba de una broma llevada demasiado lejos.

El comandante de policía, acompañado de un séquito de ayudantes, se plantó ante ellos y preguntó:

—¿Son ustedes los representantes del terreno?

—¿El terreno? —murmuró Poveda—. Yo creía que...

—Sí, idiota. El terreno. El terreno donde a ustedes se les ocurrió construir esta... abominación.

A pesar del tono molesto del comandante, el ingeniero Córdoba no dejaba de contemplar el edificio como si fuera un alucine.

Poveda reaccionó a una sacudida en su hombro y dijo:

—Es nuestro terreno, sí. Pero no estoy muy seguro de que...

—Allí dice Corporativo Señorial, justo en el logo de la pared.

Poveda miró con mayor detalle el inmueble. Había ideas suyas, así como detalles del ingeniero Córdoba, solo que, al estar boca arriba, la perspectiva cambiaba todo.

—Les recomiendo que se consigan un buen abogado porque la ciudad no va a ceder en esto.

Poveda no replicó. Giró hacia el ingeniero Córdoba y dijo:

—¿Fue él! ¡Rosel!

—¿Eh? ¿Quién?



—El arquitecto que contratamos ayer. El edificio tiene el mismo diseño que trazó en la oficina. Ese desgraciado regresó después de la medianoche; debió pasar toda la madrugada construyéndolo.

—Eso no es posible. ¡No diga sandeces! —replicó el ingeniero Córdoba.

Un hombre regordete con barba de candado y chaleco amarillo llegó y comentó:

—Este edificio no tiene ningún cimiento en la parte de abajo.

—¿Quién es usted? —preguntó el comandante.

—Soy Jáuregui, jefe de Protección Civil. —Se acercó al edificio acompañado de varias personas que portaban cascos de seguridad. En un hueco halló una estructura de metal doblada a causa de la presión del suelo y el peso del edificio. Apretó los dientes y pasó una mano sobre la mandíbula—. Me parece que es una antena. Por allá está la instalación de gas y lo que parece ser un cuarto de servicio. No cabe duda que alguien quiso jugar a la Torre de Pisa.

El comandante se cruzó de brazos y dijo:

—¿Cómo pudieron estos idiotas comenzar por la azotea y terminar con los cimientos justo hasta arriba?

—Me temo que no fue así, comandante —dijo Jáuregui—. Todo parece indicar que fue construido en otro lugar y colocado de cabeza en este terreno. Parece obra de un hombre bastante desquiciado. Pero saber quién fue no resolverá el problema. Imaginen a una persona que se la pasa todo el día erguido sobre sus dos pies sin ninguna oportunidad de sentarse y sin apoyo. Es lo que sucede con el edificio cuando no hay ningún cimiento que lo sostenga, prácticamente descansado a ras de suelo.

—¿Qué sugiere?

—Demolerlo. Los edificios alrededor también corren peligro. Sin los cimientos es como quitarle los pies y dejarlo caer de una altura de veinte metros.

—Pero eso puede tomar semanas.

—Comandante, no podemos permitirnos más demoras. Tendremos que trabajar sobre la marcha, planear cuanto antes una demolición lo más rápida y segura posible.

—¿Cómo piensa hacerlo?

—Propongo técnicas de presión por explosivos: es más rápido y seguro por medio de microcargas calculadas; así, colocándolas en pilares y zonas convenientes, se puede dirigir la caída de escombros.

—Hablaré con el alcalde —dijo el comandante—, pero ninguna buena noticia le levantará el ánimo.

Quince minutos después aparecieron los planos en un sobre color manila al mismo tiempo que Poveda y el ingeniero Córdoba eran llevados a la prefectura para deslindar responsabilidades.



—Esto no se ve nada bien —observó el jefe Jáuregui—. Subamos al tejado a ver si averiguamos algo. ¿Dónde está la escalera? La pedí hace una hora.

Él y sus hombres subieron la escalera y arribaron a lo que sería el penthouse. El cuarto de servicio lucía aplastado, con las ventanas destrozadas y el piso casi tocando la tierra suelta del terreno. Un bar con techo de vidrio estaba triturado, como si se tratase de un acordeón.

La punta de la escalera dio a una ventana del último piso. Uno de los asistentes intentó entrar por ahí. Cuando entró cayó con fuerza hacia arriba.

El jefe Jáuregui permaneció callado y exclamó:

—¿Ibáñez! ¿Qué ocurrió?

Ibáñez soltó un quejido.

—Creo que caí de espaldas.

—¿Caíste? ¿A qué te refieres? Vi cómo azotaste hacia arriba.

—No azoté. Caí.

El jefe Jáuregui permaneció en el borde de la ventana y, al estirar un brazo hacia dentro, sintió el cambio brusco en el sentido de la gravedad. Una mitad de su cuerpo pesaba y a otra era impulsada hacia arriba. Creyó que se partiría en dos. Se concentró y dio una media vuelta con los pies al aire. Se impulsó y confió en caer de pie. Cayó de rodillas, aunque no tan aparatosamente como le ocurrió a Ibáñez. Miró con cautela a través de la ventana. Ahora la ciudad se encontraba hacia arriba, mientras el cielo permanecía recostado en la parte inferior. Sin saber cómo, sintió que el mundo entero era puesto de cabeza.

—¿Se encuentra bien, jefe?

—Estoy bien. Tengan cuidado. La gravedad está invertida aquí dentro. —Dio un gemido de angustia y reaccionó—. ¿Ya tienen las panorámicas del edificio?

—Hace diez minutos sobrevoló el helicóptero, jefe. No tardan en enviarnos las imágenes.

—Muy bien. Esperaré.

Cinco minutos después recibió las imágenes de la parte superior del edificio. Sonrió con ironía luego de ver los cimientos al aire, como si quisieran alcanzar el cielo y aferrarse a él.

Se volvió hacia uno de sus asistentes y dijo:

—Me temo que no podremos utilizar los explosivos. Tendremos que picarlo y desmantelarlo poco a poco.

—¿A qué se refiere?

—Que no es posible deshacernos del edificio en una sentada. Mejor nos adaptamos a la gravedad mientras realizamos la operación de picado.

—¡No lo puedo creer!

—El riesgo es enorme. Está el inconveniente de producir polvo, ruidos y vibraciones, además



de dañar con facilidad los edificios aledaños. Se necesita una zona de apoyo plana, acceso para la maquinaria y además está el problema de la altura del edificio.

Por primera vez en su vida, Jáuregui no supo qué más decir. Ibáñez no dejaba de morderse los labios. Ante ellos estaba la cocina con todos los electrodomésticos, mostradores de lujo, lámparas colgantes y muebles de caoba fina. A la izquierda el comedor, formal y a la vez engañoso.

Salieron del apartamento con cautela.

—Jefe, ¿qué deduce de todo esto?

El jefe Jáuregui golpeó el extremo de una cajetilla de cigarros y comenzó a fumar uno con aparente calma.

—No lo sé, Ibáñez, en verdad que no lo sé. Pero supongo que sería mejor acordonar el lugar, instalar pilares del lado donde se concentre más peso y comenzar a desmantelarlo con mucho cuidado —contempló por un instante un sillón Luis xvi de terciopelo que le pareció a simple vista una burda imitación—. Ni siquiera sirve como atracción turística: los visitantes vomitarían o tendrían infartos.

Tomaron las escaleras principales. Justo en medio se hallaba el cubo, pero al asomarse se dieron cuenta de que no existía el menor indicio de luz, por lo que en la parte de abajo se creaba la imagen de un abismo profundo. También notaron que las escaleras no los conducían hacia ningún piso en particular. No había puertas, ventanas o tragaluces. El jefe Jáuregui y su personal se aferraban al barandal y descendían.

Ante la falta de luz y sólo portando una linterna sintió que estaba descendiendo al mismísimo infierno. Aquel no era un edificio, sino un enorme sarcófago a punto de colapsar. Escuchó por un momento el sonido de fierro torcerse, como si estuviera a punto de partirse en dos. Al mismo tiempo numerosas grietas se habían formado en las paredes del cubo.

—El edificio maneja dos gravedades paralelas, una afuera y otra adentro —explicó el jefe Jáuregui—; no sabemos qué pueda ocurrirle como resultado. Sugiero que andemos con mucho cuidado.

Sus dos asistentes asintieron, más temerosos que seguros. El jefe Jáuregui no dejaba de mirar a su alrededor, como si se encontrara en aquella famosa imagen de las escaleras de Escher. Era un juego visual, un curioso guiño para sus visitantes, aunque francamente mortal.

Quien lo diseñó no le interesaba mucho la realidad o el orden. Debía tratarse de alguien estafalario que prefería crear su propio universo.

Su propio universo.

Jáuregui se detuvo de pronto.

No trataban con magia ni con ningún objeto fantástico. Tal vez el mundo de aquel constructor se regía por un principio lógico que no tenía la más mínima aplicación en el nuestro. Su búsqueda era la dualidad y la falta de equilibrio, la utilización de dos gravedades, la simetría, lo



invertido frente a lo inverso y el que todo objeto tenga su contrapartida. Aun así, tuvo el suficiente empeño en calcar cada una de las instalaciones y muebles como si fueran diseñadas por un arquitecto terrestre.

—¿Se encuentra bien, jefe?

Jáuregui sacudió su cabeza para salir de aquel trance.

—¿En qué piso estamos? —preguntó.

—Bueno, jefe, eso es difícil de explicar.

—¡Dilo ya!

—Ya sobrepasamos los veinte pisos, y aún no llegamos a lo que se supone es el techo, es decir, donde los cimientos permanecen al aire.

—Estamos en un bucle de espacio —dijo el jefe Jáuregui—, como si diéramos vueltas en círculo en un bosque. Esto no tiene fin... ni principio. El que lo diseñó, aquel maldito arquitecto, sea de dónde sea, no maneja los mismos principios de espacio y gravedad. Estas escaleras me confirman que tampoco los principios básicos del tiempo.

” Quizás estamos obligados a bajar o subir estas escaleras eternamente. Por agotamiento las podemos bajar, aunque quizás el esfuerzo sea el mismo: ambas direcciones podrían llevarnos al mismo punto. Las probabilidades son infinitas.

Exhausto, tomó asiento en un escalón y continuó:

—Espero que hayan seguido mi consejo de no demoler el edificio y que nos arrojen una cuerda para salir lo más pronto. Y queda una cuestión por resolver.

—¿Cuál?

El jefe Jáuregui se aclaró la garganta y preguntó:

—¿Alguien tiene un juego de baraja?

Mauricio del Castillo (1979)

Autor de dos colecciones de cuentos: *La variable multimillonaria y otros relatos* (2012) y *La nave de la discordia y otras piezas de anticipación* (2014). En 2017 salió a la luz su primera novela *Metástasis mental*. Ganó el primer Concurso de Cuento de Ciencia Ficción del Festival Semillas 2020 organizado por la UACM con el cuento “La gente de la capital”. Su última novela publicada es *El huevo de !knat* (2020).





EL ELEGIDO



La nave de los Chitaanz llegó al sistema solar el último día de diciembre del año 2011. De inmediato analizaron la posibilidad de vida en los planetas que conformaban aquel inhóspito lugar. Descubrieron vida inteligente en el tercero a partir del Sol. Se acercaron a este valioso mundo de inmediato, a fin de iniciar una investigación a dos niveles: geográfico y biológico. Enviaron emisarios a bordo de naves invisibles y detectaron alteraciones en el centro de la corteza terrestre. Profundizaron en el análisis con un detector de cambios químicos (no era necesario al principio, pero algo muy extraño ocurría) y cuando midieron la energía del núcleo, se dieron con una terrible sorpresa: su núcleo colapsaría en el momento en que el planeta girase y se adentrara en el primer segundo del primer día de enero del año 2012, debido a las secuelas de los bombardeos nucleares suscitados entre las diversas naciones. La explosión sería (no hay palabra para calificarla). Todos los seres que habitaban aquella tierra morirían; ni siquiera una pequeña cucaracha lograría salvarse.

Los Chitaanz hablaron con su líder, *El Gran Chitz Supremo*, para consultar sobre lo que debía hacerse. La respuesta del líder, después de meditarla, fue categórica: «Es un mundo interesante, aunque supremamente violento. Rescaten a un habitante, sólo a uno; no queremos a una pareja que pueda reproducirse y crear una nueva civilización; podrían tornarse incontrolables. Sólo un ejemplar, que sea fuerte como los de nuestra raza. Éste nos narrará la historia completa de ese planeta, sus sueños, secretos y todo cuanto necesitemos saber. Pondremos dicha información en el gran archivo galáctico que estamos elaborando».

Los Chitaanz se alegraron por la noticia. No existía en toda la galaxia un mundo con seres de su mismo nivel mental y espiritual; este hallazgo era el más preciado que habían logrado jamás. Los Chitaanz tenían una cualidad particular: eran geniales historiadores, recorrían el universo buscando civilizaciones inteligentes para poder escribir sobre ellos y sus culturas. Eran una raza poderosa en el aspecto físico. Medían cuatro metros de longitud, tenían seis brazos musculosos, tres ojos adornaban sus rostros, poseían una enorme trompa con la cual llevaban sus alimentos a la boca (pequeña, pero repleta de filosos dientes). Estas cualidades los hacían sentirse poderosos y seguros de sí mismos. Además eran telépatas, aunque su alcance mental tenía un límite.

Les quedaba menos de dos horas para encontrar un ejemplar humano perfecto. Pusieron manos a la obra y al cabo de una hora hallaron uno. Era alto, de tez blanca, cabellos rubios largos, muy robusto, llevaba un bastón y acariciaba (quizá protegía) a algunos animales inferiores, inofensivos, en una zona con muy pocos habitantes. La energía que poseían los Chitaanz solo les permitía traer a su nave una persona a la vez, pero bastaría con eso. Cualquier criatura física y mentalmente sana conoce bien su propio mundo.

Se acercaron a la atmósfera de la Tierra lo más que pudieron y teletransportaron al ser. Su nombre era Nut, lo llevaba bordado en su traje de tela. Quedaba muy poco para el final de aquel infortunado planeta. El mundo que el elegido dejó atrás estalló en mil pedazos, perdiéndose para siempre una raza fascinante y a la vez sobrecogedora. Una vez la nave de los Chitaanz



se hubo alejado lo suficiente, intentaron sondear la mente de Nut para encontrar respuestas y conocer la extraordinaria historia del planeta al cual este macizo personaje perteneció. De este modo podrían crear un libro que contara todo lo concerniente a aquel mundo. Un texto magnífico, el cual colocar en un estante de la gran biblioteca galáctica.

Quedaron sacudidos ante lo descubierto, cayeron hacia atrás, frustrados, entristecidos. Sus esperanzas se destrozaron ante lo vislumbrado en la mente de su huésped. Algunos se golpearon a sí mismos, otros elevaron su trompa y aullaron de rabia. Nut nunca supo lo que ocurrió, no estaba asustado, pero sí maravillado ante lo que sus limitados sentidos percibían.

Nut, el último hombre de la Tierra era invidente, sordomudo, y no sabía leer ni escribir.

Carlos Enrique Saldívar.

Codirige la revista *El Muqui*. Administra la revista *Babelicus*. Publicó los libros de cuentos *Historias de ciencia ficción* (2008, 2018), *Horizontes de fantasía* (2010), *El otro engendro y algunos cuentos oscuros* (2019), *El viaje positrónico* (en colaboración, 2022). Compiló varias antologías nacionales.

El Elegido fue publicado originalmente en la revista *Cosmocápsula*, número 1, noviembre 2009-enero 2010 (no disponible actualmente en la red).





EL MERO JEFE



Desde el primer incidente nunca pude volver a dormir bien. Debía tener unos seis o siete años y me gustaba mucho jugar en la azotea. «Es el único lugar seguro para los chamacos», decía la abuela Tere cuando me daba permiso para distraerme por la noche. No me dejaba usar el celular («es para distraerte y luego votes por los idiotas que nos tienen en la desgracia»), ver series («es para quemarle el cerebro a los chavos y así te vuelvan trabajador de medio salario mínimo») o salir a jugar con la banda («son una bola de vagos, buenos para nada que derechito se meterán de narcos»).

Así que disponía de la soledad de la azotea de las nueve a las doce la noche. Luego era irse a dormir, levantarme a las ocho y hacer las tareas antes de irme al turno vespertino en la escuela.

Por eso creo que fui el primero y único que vio las luces que aparecieron en el cielo, dieron círculos, unas alrededor de otras para salir disparadas en sentidos diferentes a una velocidad endiablada.

Como sólo se me permitía usar el celular el fin de semana, cuando mamá podía estar con nosotros por sus trabajos, pues no me enteré de que las luces fueron lo más importante en los noticieros ni la tendencia máxima en redes sociales por tres días. Y como la abuela nomás veía las telenovelas, pues no me creyó cuando le conté lo que vi. Ni la primera ni la última noche que fue cuando estuvieron encima de nuestra casa.

El viernes por la noche subí a jugar con la expectativa de ver las luces por cuarta vez, pero sólo estuvo una. Me le quedé mirando fijamente cuando parpadeó varias veces y descendió a mi encuentro. Encendió una luz tan brillante que me cegó y perdí la conciencia.

Cuando me desperté estaba tirado en otra parte de la azotea y en la calle, dos pisos más abajo, había un griterío y personas llorando. Me asomé por el borde de la forma que la abuela me dijo que no lo hiciera. La vieja flaca de la esquina se dio cuenta y pegó de gritos: «¡Ya ven! ¡Ahí está el chilpayate! ¡Les dije que iba a aparecer!».

Escuché una corretiza dentro de la casa, varias personas subiendo por la escalera, y apareció mi madre, toda despeinada y con lágrimas en los ojos. Iba a preguntarle que qué hacía de visita en viernes cuando primero me abrazó, sollozó y luego se apartó para darme una cachetada bien fuerte. «¿Dónde te escondiste chamaco? Llevamos cinco días buscándote». Horas después descubrí que estuve desaparecido sábado, domingo, lunes, martes y miércoles. Mamá perdió los trabajos porque tuvo que ausentarse tres días y me tuvo de castigo hasta el final del año escolar. Nunca quiso creer que las luces fueron las culpables. Por muchos años no volví a verlas.

Durante mi paso por secundaria y preparatoria, al quedarme dormido y soñar, venían fragmentos. Poco a poco reconstruí lo que sucedió: la luz brillante me desintegraba, aparecía en un cuarto oscuro y todo el cuerpo me dolía de una forma inimaginable. Que un brazo robot me tomaba de la cintura y me depositaba en una cama como de hospital donde múltiples aparatos con puntas finas y herramientas serradas pinchaban mi carne o cortaban pedazos de mí. Que llegó un ser delgado y gelatinoso que insertó una cuchara para extraer mi ojo derecho y absorberlo en



su cuerpo para luego ponerlo en su lugar. Que en los siete orificios que tengo fueron insertados tubos, esferas, pirulíes de todo tamaño.

Que quise morirme por el dolor y cuando aparecieron el ser gelatinoso, el gris de ojos redondos, el amarillo con ojos negro-ovalados, el verde de corta altura, el que tenía ojos de mosca y alas de palomilla con otros más, les pedí que por la Virgen María me hicieran morir.

El amarillo me tocó con un dedo y perdí la conciencia. Al día siguiente, después de bañarme, descubrí marcas y cicatrices en todo el cuerpo. Se las mostré a mamá y le dije que fue lo que ellos me hicieron. Su respuesta fue «¡ah, qué hijo de la chingada! ¡Nadie se mete con mi bebé!», y mi tío, El Drogadín, terminó hospedado en el Reclusorio Norte casi veinticinco años.

Dado que nadie me creía, decidí cursar carrera como oficial y luego meterme a inteligencia. Como la presencia de luces y objetos fue más frecuente, se abrió un equipo especial para vigilancia y seguimiento de casos. Me volvieron la persona a cargo y le reportaba a la fuerza conjunta conformado por el secretario de Defensa, la secretaria de Gobernación y la presidenta. Nos dieron las instrucciones de dar seguimiento y evitar contacto con ellos.

De vez en cuando nos reuníamos con los grupos equivalentes de los Estados Unidos de América como de la Unión Europea. Se confirmó que los avistamientos aumentaban, que las grabaciones en video o transmisiones en vivo eran cada vez de mayor calidad. Dejó de ser tema de fanáticos del asunto, cobró peso en medios impresos y digitales, *Youtubers* e *influencers* volvieron bandera el hacer el primer contacto.

Cuando llegó el caso de una niña de seis años que desapareció cinco días en una rancharía en Durango y que tenía cicatrices como marcas casi idénticas a las que yo portaba, fue que decidí que tendría que hacer algo. Los casos de desaparición eran comunes cuando se presentaban las tres luces y, casi siempre, sólo había una cuando ocurría la abducción.

Los demás objetos voladores (discos, cigarros, medusas, triángulos, puros, etcétera) presentaban comportamientos hartamente conocidos y casi todos los casos de supuestos secuestros los resolvíamos al descubrir que el o la susodicha “fueron por cigarrillos” para nunca volver a su supuesto hogar.

Con dos personas acudí a buscar a la niña y sus familiares. Tras charlar con ellos, revisar las evidencias y enseñarle lo que me dejaron (como una forma de decirle que todo seguiría igual), nos devolvimos a la capital vía caminos de terracería y carreteras. Por la noche nos dimos cuenta de que las tres luces nos seguían y el asunto no pasó a más.

Sin embargo, tuve una corazonada. Pedí a mi fuerza de tarea que localizaran casos con las tres luces cuya aparición se registrara en dos o más ocasiones. No era necesario saber que hubiera secuestros. Luego pedía permiso para visitar los casos recientes e invariablemente, por la noche, nos seguían las luces.

Así que busqué a ciertos tipos de la Judicial que tomaron cursos de fuerzas especiales



conmigo. Estos me pusieron en contacto con otras personas y estas con otras hasta que localicé a la correcta para encargar cierto equipo.

De los que me acompañaban seleccioné a la teniente Casandra López, ya que me era leal y se puso de mi parte desde la primera vez que le conté lo que me sucedió. Dos fines de semana fuimos a unos pueblos medio abandonados para que practicara con el equipo que conseguí.

Como paso casi final busqué a El Drogadín, quien hizo excelentes amistades en el reclu, incluso les trabajaba servicios especiales de cocina a varios de ellos. Quedé de acuerdo en la tarifa como viáticos y prometí un bono equivalente a lo que ganaba en un año si en una noche lograba generar el menú más espectacular del cosmos.

Entonces me senté a esperar el momento propicio.

El primer avistamiento de las tres luces nos lo reportaron el 31 de octubre a las 2330. Menos de doce horas después, la teniente, un cabo y mi tío estábamos en la Zona del Silencio en Durango con todo el material listo. El 1o. de noviembre fue la segunda ocurrencia de las luces y las pudimos filmar a gusto. Incluso les dijimos de groserías sin efecto alguno. Instruí a mi tío para que preparara la cocina y la tuviera lista en menos de veinticuatro horas. La teniente le dio un curso ultrarrápido al cabo de cómo usar el equipo y nos fuimos a dormir en lo que llegaba la noche.

A las 2200 recibí la videollamada del secretario de Defensa ordenándome desistir de lo que pretendía y que me devolviera a la capital para presentarme ante una corte marcial. Tuvo mi dedo medio como toda respuesta. Treinta minutos después entró otra videollamada de número desconocido, así que la acepté.

—Gracias por recibir la llamada, capitán Maussán; lo transfiero con la presidenta.

En cuanto apareció la saludé militarmente.

—Aquí presente, señora presidenta.

—Capitán, me informa su superior —paneó la cámara y vi cómo el secretario de Defensa estaba sentado frente a ella, rojo de furia— que desacató órdenes. No quiero apelar a ordenarle sino a su sentido común y evitar un incidente diplomático; espero que me comprenda.

—¡Chuy! —exclamó mi tío que estaba al pendiente del cielo—, ¡ya llegaron!

Giré mi teléfono para mostrar las luces encima de nosotros.

—¡Listos! ¡Preparen! —ordené.

—Capitán Maussán, Chuy, no lo hagas —suplicó la presidenta.

—¡Mico hijo de tu reputísima madre! —insultó el general después de tomar la cámara de la presidenta y apuntarla a su jeta—, baja los manpads y retírate de una vez. Los gringos se preparan para ir por ustedes.

—¡Apunten! ¡Fuego! —terminé de ordenar. Dos misiles tierra-aire salieron rumbo a una de las luces—. ¡Recarguen! ¡Apunten! ¡Fuego! —reiteré mientras la primera luz era alcanzada—.



¡Recarguen! ¡Apunten! ¡Fuego!

Mis cicatrices lloraron de alegría cuando cayeron las tres luces.

Cuando llegaron los gringos por la madrugada, solo encontraron diez tambos llenos de pozole estilo narco. El que menos aguantó fue el verde y el que más tardó en disolverse fue el gris.

El tío avisó de nuestras intenciones y llegaron como veinte trocas a recoger todo lo que pudieran para venderlo al mejor postor. A cambio, ayudaron con la pozoliza.

Desde entonces vivo bien escondido y en trío con la teniente y el cabo. La cia, la Interpol, el mi5, el mi6, el Mossad, la fsb y la onu nos buscan por crímenes de lesa alienigenidad. Pero me vale, tras el incidente dejaron de aparecer en el cielo y cuando quieren visitarnos, uno de ellos aterriza en mi rancho para pedir permiso.

Eduardo Omar Honey Escandón (México, 1969)

Ing. en sistemas. Autor de *Códex Obsidiana* y *Cósmicos Espejos Humeantes*. Publica constantemente en plaquettes, revistas físicas, virtuales e internet. Textos suyos fueron primer lugar o finalistas. Ha sido seleccionado para participar en diversas antologías. Imparte talleres de escritura para la Tertulia de Ciencia Ficción de la CDMX. Pertenece a la generación 2020-2021 de Soconusco Emergente.





EL RECIPIENTE DEL TODO



María se sentía sola, mas no lo estaba. María se sentía sola y por el dios que fuera deseaba que así fuese.

Si cerraba los ojos, aún podía volver su percepción un todo. Perdida en el vacío entre las estrellas, flotando en el líquido amniótico de obsidiana en el que se gestaban las estrellas. La oscuridad y el silencio, la paz del sagrado interior. María intentaba normalizar su respiración, ignorar los sudores fríos y las atroces contracciones. Todos resultaban ser poco más que piezas dentro del gran cuerpo del universo, orgánulos entre viscosa sangre negra de algo mucho mayor.

El Todo.

Él.

Abrir los ojos era condenarla a la compañía. El hedor del pesebre, peste a orines estancos y heces retozadas, la golpeaba casi al mismo tiempo que el brillo de las estrellas. Sobre un agujero en la paja del techo podía verlas brillar con un blanco impoluto. A lo lejos, casi podía intuirse la ciudad.

Las bestias de ojos vacíos la observaban con curiosidad a su alrededor. La respiración aumentaba de ritmo tras la falta momentánea de concentración. Un calambre sacudió a la mujer y esta apretó los dientes, el rostro enrojecido.

A su alrededor, se situaban decenas de figuras que pronto se amontonarían en cientos. Goteaban hacia el pesebre, como un torrente desbocado de una presa rota, ganaderos, pordioseros mugrientos, ciegos suplicantes, panaderos, carpinteros, lecheras, lavanderas... rostros bóvidos y confusos que acudían sin entender muy bien por qué a un evento cataclísmico, al principio del algo. Sencillamente algo los empujaba a estar allí presentes.

Separado del grupo, José rugía al cielo, ebrio y roto. La piel ajada y grisácea le destacaba los surcos profundos de un cuerpo sufrido. Maldecía lo que podía a aquello que se ocultaba en el cielo.

Otra contracción hizo arquearse del dolor a María. Sus ojos volvieron al cielo nocturno. Sobre su cabeza, una estrella parecía resplandecer de manera casi preternatural.

Casi tanto como aquel día.

Aquella noche, las luces despertaron a la muchacha.

Se levantó inquieta, con náuseas. Algo la empujó al calor de la noche como una mano emplumada. Deambuló, perdida y aturdida, siguiendo aquellas luces de un rojo brillante, de un azur imponente, de un fulgor imposible.

Nadie moraba en esas calles, nadie parecía movido por la irremediable atracción de aquellas luces.



Nadie la escuchaba murmurar. No, su canción era sólo para ella y eso era algo que sabía por instinto.

Acabó en lo alto de un monte cubierto de árboles secos. La hierba crujía con timidez bajo sus pies desnudos. En el cielo, una estrella brillaba más que ninguna otra. Más que el sol y el corazón del mundo.

La chica cayó de rodillas. La luz se acercó a ella y ella se acercó a la luz. La nada tocó sus extremidades. La joven abrió mucho los ojos, tratando de no llorar ante tanta belleza. Ambos se volvieron uno y todo fue resplandor.

Cuando María recuperó la visión, estaba en un lugar penumbroso cubierto de metal, de tubos largos y raíces negras, una sala llena de utensilios ignotos, de acero reluciente. Unos ojos enormes en una figura amorfa la observaban en un silencio pastoso.

—No tengas miedo —musitó la voz, en un tono angelical.

María hizo lo único que se le ocurrió hacer.

María gritó. El atroz dolor le arrancó la voz a latigazos. Agarraba la paja del pesebre con dedos ensortijados, con uñas rotas.

Los acólitos ahora entonaban cantos. No eran palabras, sino vibraciones de la propia garganta, sonidos guturales y acompasados que le recordaban a voces del espacio. José había caído al suelo, a lo lejos, y sollozaba entre la hierba seca.

La estrella brillaba.

María gritaba sin parar.

Los seres eran círculos concéntricos, anillos enlazados llenos de ojos, de alas emplumadas en dorados y escarlatas. Flotaban con suavidad, como si su carne no fuese más tangible que la luz que entra por las mañanas en los dormitorios.

La rozaron primero y la tocaron después. Extrañas fibras negruzcas se enrollaban alrededor de sus muñecas y el impedían huir. María se retorció como si eso sirviese de algo.

—Tu propósito —decían las voces de los seres, presencias en aumento en aquella condenada sala—. Oh, tu gran propósito.

La chica pedía auxilio, pero nada más que aquellos seres podían escucharla en aquel lugar maldito.



Tironeó y las fibras le rajaron los brazos. Sangre hirviendo manchó la aséptica sala y la muchacha huyó como pudo.

Llegó hasta un ventanuco transparente que no pudo romper por mucho que lo golpeó. A través de él, todo lo que podía verse era negro salpicado de brillos. Algo azul y verde al fondo, flotando enorme en la negrura. Al fondo, el orbe ardiente que era el sol.

La chica no pudo sino quedarse congelada, la mandíbula casi desencajada a medida que la comprensión llegaba a su delicado cerebro. Las fibras la capturaron una vez más. Esta vez, también la agarraron de los tobillos. Separaron sus piernas mientras una de las criaturas flotaba hacia ella.

—Oh, bendita tú eres entre todas las mujeres —murmuraba mientras le introducía algo donde nadie más lo había hecho.

El mundo se rompía, se desgarraba. El interior del muslo de María se cubría de sangre. Nadie la acompañaba, nadie para darle la mano y calmarla. Las lágrimas ácidas le quemaban el rostro. Cerraba los ojos con fuerza para no seguir, para que no le ocurriese lo mismo cuando volvió a su casa a la mañana siguiente y rompió a llorar sin poder explicar nada.

Todo le quemaba.

Sola, estaba sola.

Algo se partió con un chasquido sonoro y más sangre mezclada con algún tipo de líquido translúcido brotó de su entrepierna, encharcándolo todo. Los animales observaban con interés silencioso, con éxtasis bestial. Sus únicos amigos en aquella dura misión.

Empujó y, al final, un niño nació. Con unos brazos raquíuticos y temblorosos recogió al neonato. Era rosado y ya tenía rizos en su cabecita. Parecía normal y un peso descendió, invisible, por el cuerpo de la madre.

—Al menos es normal —pensaba—. Al menos.

La estrella parpadeó y María miró al frente. Tres figuras la observaban justo delante de ella. No estaban allí hacia un parpadeo, pero la chica estaba demasiado agotada para siquiera pensar en ello, mucho menos incorporarse.

Los recién llegados, tres ancianos de distinto color de piel, vestían con ricos ropajes multicolores y portaban enormes coronas cubiertas de gemas. Sus ojos contenían pedacitos de cosmos.

El que aparentaba mayor edad se agachó junto a ella, alargando con lentitud una mano. María, por instinto, aferró al bebé con las pocas fuerzas que le quedaban. El hombre se detuvo y sonrió; se acercó y le susurró al oído:

—No te preocupes, niña, ese pequeño es tuyo y sólo tuyo. —Se acercó y le susurró al oído—Es



el nuevo señor de vuestro mundo.

El hombre se levantó con los brazos en alto:

—¡Ha nacido el Mesías!

María, perpleja y sudorosa, bajó la cabeza y miró a su hijo. Este, que aún no había llorado en lo absoluto, le devolvió una mirada llena de dorados.

El Mesías.

El Señor del Mundo.

Las estrellas chisporrotearon en el cielo oscuro y la multitud cantó en coro celestial. Sólo María, con la mirada clavada en el recién nacido, se preguntó que había traído al mundo. Éste, en respuesta silenciosa, le sonrió. María tuvo un escalofrío, pero no lo dijo. En vez de ello, hizo lo único que se le ocurrió hacer.

Ponerle nombre.

Carlos Ruiz Santiago

Escritor, director y guionista. Con formación de realizador de audiovisuales y espectáculos por sus estudios en el IES Néstor Almendros, en Sevilla. Sus escritos se han publicado tanto de manera independiente como con editoriales, en el ámbito nacional e internacional. Tiene tres novelas *Salvación Condenada*, *Peregrinos de Kataik* y *Ceniza en las venas*. He participado en numerosas antologías de relatos (*Crann Bethadh*, *Devoradoras*, *Transfórmate o muere*, ...) y en revistas (*La Cabina de Nemo*, *Ab Terra Flash Fiction*, ...) y diversas páginas web (*Fabulantes*, *HorrorAddicts*,...). También es redactor en la página web Dentro del Monolito.





LA DIÁFANA QUIMERA



*Deseaba, en cierta forma, que se cerraran las
nubes, porque una extraña aprensión por los
profundos vacíos celestes se habían deslizado
en mi alma.*

H.P. Lovecraft, «El color que cayó del espacio»

Antes de ir a dormir, mi padre y yo salimos para comprobar el estado del caballo. Me sacó de la cama, arreándome porque mañana vendrían a mirarlo para que preñe a una yegua. Hacía frío, mi mente aún descansaba entre las cobijas; el animal estaba inquieto; tan sólo le dejamos comida, agua y cerramos el establo con llave, doble candado. Nos cercioramos... o eso creí.

Lo que pasó venía siendo uno más entre varios incidentes de la región. En la mañana, un poco después del alba, fuimos a abrir el establo, pero las cadenas y cerrojos estaban en el suelo empantanado. No hubo violencia, las puertas estaban abiertas. El semental había desaparecido y de las paredes se escurría un limo traslúcido.

Papá me pegó un coscorrón y me instó a seguirlo con unas linternas y cuerdas. Corrimos hacia la casa para decirle a mi mamá, quien se llevó las manos a la cabeza, agarró a Camilo por el brazo y los cuatro corrimos por el campo para buscar al animal. Bajamos hasta el arroyo, todavía oscuro por los árboles que se curvaban para formar un techo de hojas.

Estábamos solos, puesto que el arrullo del agua y el ocasional crujir de las ramas no podía contar como compañía. Camilo empezó a quejarse por el frío, así que mamá lo alzó y se arrebujaron en el chal que ella llevó sobre los hombros; caminamos junto a la ribera, iluminando, llamando al caballo. Mi papá tenía la teoría de que si estaba en algún lado, tenía que beber agua, y esa era la fuente más cercana, porque no lo veía subiendo al páramo. Eso fue lo que dijo.

Abatidos, seguimos caminando; a veces nos dividíamos mi madre, Camilo y yo, y mi papá solo; de esta forma nos internamos en el bosque, sin éxito. Estuvimos en eso hasta que el sol estaba en lo alto. Nos reunimos negando con la cabeza.

—Pues hagamos una última ronda —dijo mi mamá—. Y nos devolvemos, mire que ya hemos visto casi todo, y mejor bajamos al pueblo para decirle a la policía o no sé.

Mi padre estuvo conforme; hicimos nuestro mayor esfuerzo, a pesar del cansancio acumulado. Fue entonces cuando Camilo, quien se había dormido en los brazos de nuestra madre, se despertó haciendo un sonido chicloso. Que olía horrible, balbució con sus palabras de infante.

Caímos en cuenta de que sí, un aroma fétido, dulce y penetrante se había apoderado del ambiente. Mis padres se miraron sin decir nada. Salieron caminando, casi trotando, hacia el olor, que era en dirección a la finca.

Nos había sucedido. En ese instante lo pensé, porque, a pesar de que los adultos no nos hablaran de eso, uno podía escuchar; ese mal que le pasó a los primos de mi mamá, donde aparecieron muertas las gallinas, todas con el corazón detenido, sin alguna enfermedad, tan sólo unas laceraciones bajo las alas. De la misma forma, los perros de la parroquia amanecieron tiesos



hace dos semanas, heridas en la ingle... bueno, ya me imaginaba al semental pudriéndose entre los matorrales.

Pero no lo era. Encontré a mi padre picando con la bota el torso hinchado de un venado. Mi mamá le cubrió la cara a Camilo con la manta para mitigar el hedor. Me acerqué despacio, la criatura estaba al pie del arroyo, sus ojos cubiertos por una capa blanca, la lengua estaba negra y a su alrededor volaban moscas. Me fijé que a través de la piel del vientre muchas cosas se movían reptando.

—Ay jueputa —dijo papá. Decidimos que ya era hora de volver.

Mis papás hablaron con los vecinos, quienes se ofrecieron para ayudar a buscar al caballo. A mí me dejaron con mi hermano y vimos cómo se alejaba la camioneta por el sendero de tierra. Quería ir, pero como era «un asunto de adultos» me hicieron quedar. Cogí a Camilo del bracito y lo metí a la casa. Cerré a cal y canto, según ordenes de mamá, porque cada vez se hacía más posible que el caballo hubiera sufrido el mismo destino de los otros animales del sector.

—¿Sabe que es lo peor? —escuché a mi padre decir por el teléfono antes de que salieran—. Que yo me mantuve despierto toda la noche, porque ya nos habían avisado que corríamos el riesgo, pero no sé que pasó, todo el tinto de Marisol no sirvió pa'un culo porque me desperté cuando salía el sol. Imagínese la angustia...

Yo estaba detrás de la puerta. Fingía interesarme por los carritos de Camilo, pero tenía la oreja bien pegada al marco.

—Pues la policía no parece tan interesada. Bueno, el venado les llamó la atención. Sí... Sí, es que por esta zona no los hay, así que no tienen idea de cómo llegó hasta acá. Pues si es una especie protegida ojalá nos paren más bolas, pero no creo. Ajá —parecía que la otra persona en la línea era mi tía Cleo, la persona con quién papá hablaba en busca de consuelo—. ¡Qué, qué! ¿O sea que a Ponce se le apareció muerto el Toro? Vea, ¿y si es que nos están haciendo brujería?

Y para protegernos de la bruja me hicieron encerrarnos con llave al entrar.

Nos quedamos Camilo y yo en la sala. Tenía en las piernas la radio portátil e intentaba sintonizar algo que no fuera estática. La señal parecía estar arruinada; mi hermano, en cambio, molestaba al gato de mamá, un bicho gordo de pelaje anaranjado, ojos verdes y maullido débil. Tan débil que, aunque se trataba de un macho, lo molestábamos con que sus ruidos eran de niña.

— ¡Ay! —gimió Camilo cuando el animal perdió la paciencia y lo mordió en la mano. El niño le dio una palmada y el gato salió corriendo.

— Quién lo manda... —dije, cacharreándole al instrumento. Por un momento pareció agarrar señal, escuché la voz de un hombre, lejano, y luego el cuarto volvió a sumirse en indiferencia.

Susurré algunas maldiciones. Una rabia que bullía pasito desde la madrugada, originalmente dirigida al trasnocho y a mi padre, creció con la inútil radio. Un temblor en las manos me hizo querer lanzarla al suelo.



—La radio no sirve por los ángeles —dijo Camilo en cierto momento. Fruncí el ceño. Su mirada de cinco años tenía un destello que no me gustó—. Porque cuando ellos vienen se dañan y la luz tampoco funciona.

—Qué... Usted si habla mierda, ¿no?

—¡No! —se puso de pie de una, me miró con decisión—. Yo le conté a Maris en el colegio y ella que es mayor le preguntó al cura y le dijo que son ángeles porque bajan a vernos.

—¿Y no se le ocurrió pensar que le dijeron mentiras?

—¡Pero yo lo vi!

—Usted no vio nada.

La cara de Camilo se puso roja y los ojos aguados. Apretó los puñitos e infló los cachetes.

—¡Yo sí lo vi! Yo lo vi y todo se pone con mucha luz, luego los cables hacen ruidos raros y no me pude mover de la cama. No me cree porque tiene miedo, pero eso pasó anoche después de que mi papá y usted llegaran.

—¡Ya cállese! —le grité, con una mezcla de enojo por tanta estupidez y alivio de encontrar algo en qué justificar mis emociones. Le pegué un empujón a Camilo, cayó de culo contra el suelo de piedra. Se paró, lloró mientras se sobaba las nalgas.

Agarré la radio y me fui para mi cuarto. En el pasillo vi al gato, arisco, y le metí una patada antes de encerrarme con llave.

Salí cuando escuché el camión llegar a lo lejos. El sol estaba cayendo, su luz roja iluminaba la ventana del final del pasillo, alterando las dimensiones del lugar. Todo se veía más alargado. El ruido de los insectos lo hizo aún más desolador. Algo me pesaba sobre los hombros.

Dejé la radio en la mesa del teléfono. Camilo se había dormido, acurrucado en el sofá, chupándose el dedo. No lo miré mucho, sentía un débil arrebató de violencia hacia él, por lo que me fui hasta la puerta y la abrí justo cuando mi padre estaba bajándose. Mi mamá lloraba, cubriéndose la cara con un pañuelo, mientras un señor que no reconocía la consolaba palpándole el hombro. Todos hablaban bajo, y yo quise decir algo, pero papá se fue directo a la casa, empujándome con su hombro. Me quedé solo en el exterior; miré el vehículo, con el motor todavía encendido. Atrás, en la parte de la carga, algo como una carpa negra escondía lo que yo ya sospechaba. Fui hasta allá y solté una de las anillas que lo sellaban. Un aroma similar al del venado, pero más sutil, trepó al interior de mi nariz. Se iluminó el cadáver de nuestro caballo, cuya faz era como la de los que mueren mientras están dormidos, salvo por el detalle de que sus cuatro patas estaban rotas y el torso magullado. Las extremidades estaban retorcidas como una rama seca, con los huesos salidos del pelaje, ensangrentados; metí la cabeza debajo de la tela, con la fría humedad del cuerpo. En cierto modo, ya no era un caballo, mucho menos el nuestro, sino una bolsa de cuero.

Decidí volver a la casa.

Me escabullí para que no me vieran y así ahorrarme una muenda. Los adultos conversaban.

—¿Y qué tal que nos vengan a desalojar? ¿Qué tal que el caballo haya sido una advertencia? —escuché a mi madre preguntar—. ¡Mire como lo dejaron! Cómo si lo hubieran desbarrancado.

—Pero entonces piense que ya habría aparecido la guerrilla —dijo otro—. Porque a su caballo le hicieron lo mismo que a los otros animales, ¿no vio esos cortes? Y no nos ha pasado nada...

—No, ahora qué vamos a hacer...

—El daño está hecho. Descansen esta noche. Andemos todos pendientes, podemos ayudarnos, no estamos desamparados.

Llegó un momento en el que las voces se hicieron indistinguibles. Fui a mi dormitorio. Eso estaría bien, que descansáramos. Al día siguiente podríamos pensar que hacer, de qué forma arreglárnoslas ahora que no teníamos la plata que nos daba el semental.

Durante otro rato seguí jugando con la radio, hojeé algunos libros que pedí en la biblioteca ambulante y, finalmente, me dormí entre el desorden.

Un pitido me atravesó los oídos. Abrí los ojos de golpe. El dolor de la luz blanca en mis ojos hizo subir el vómito por mi garganta. Cuando traté de pararme no fui capaz. Mis brazos y piernas estaban como amarrados a la cama; como tenía la boca un poco entreabierta traté de hacer algún ruido, pero sólo salió un poco de aire mudo.

En ese momento las cortinas del cuarto se sacudieron con un ruido similar a un batir de alas. No pude mover mi cabeza, pero quise pensar que Camilo se había despertado... él ya estaba medio dormido cuando fui a la alcoba.

Si él dio señales de poder despertarse, no pude escucharlas.

Pensé que me estaba quedando sordo, porque el pitido fue disminuyendo hasta que no pude escuchar nada, salvo mi respiración débil. Mi principal preocupación era quedarme sin aire y dañarme la vista, por lo que cerré los ojos y conté para calmarme. Pensé que quizá podía comenzar tratando de mover la punta de los dedos: nada. Mi cuerpo se encontraba paralizado.

Escuché algo. Un chirrido afuera. Luego, unas uñas golpeando el cristal. La ventana se abrió, su sonido lento mientras dejaba entrar un ventarrón. ¿Y Camilo? ¿Por qué no decía nada? ¿Acaso él también tenía el cuerpo congelado?

Necesitaba decir su nombre, llamar su atención y, si compartíamos circunstancias, hacerle saber que no estaba solo. Un peso se acomodó en mi diafragma. Yo fui malo con él, me desquité con él, y con solo cinco años...

La luz no se iba. Pude escuchar unos pasos húmedos entre las dos camas.

Cuando recuperé el control sobre mi cuerpo pensé que fue una pesadilla horrible a causa de mi mente desordenada.

Pero el cuarto estaba helado. La ventana abierta y la cama de Camilo desordenada. Él no esta-



ba. ¿Qué fue lo que sucedió durante la noche? Saqué la cabeza y miré el amanecer. En el marco goteaba algo, en donde puse las manos, una baba transparente que no olía a nada.

Corrí hasta el cuarto de mis padres. Los desperté a gritos. Ellos, confundidos, protestaron, mi padre me miró con ira, pero bajó el brazo que estaba levantando, su cara adquirió una expresión idiota.

—Camilo, se lo llevaron, no está, la ventana... —jadeé.

Aquello fue suficiente para despertarlos. Corrieron a la alcoba y mi padre lanzó un grito de horror. Cogió de la sala la escopeta y le gritó a mi madre que no me dejara solo.

— ¡No! Busquémoslo todos —lloré. Seguí a mi padre, que ya estaba adentrándose en la hierba alta con el arma apuntando a cualquier parte.

— ¡Devuélvanmelo! —gritó él. Un tiro ensordecedor al aire me sacudió todo el cuerpo—. ¡Si sólo es un niño! ¡Una criatura!

El frío de la madrugada me lastimó los brazos y las piernas. La vista del exterior me puso los pies sobre la tierra. Me invadió una sed intensa. En el baño descubrí que mi piel estaba casi gris y debajo de mis ojos, unas ojeras negrísimas.

No fui de mucha ayuda a la policía. Dijeron que me encontraba en estado de shock, puesto que mi testimonio no tenía sentido. Les recomendaron a mis padres unos cuidados que no quise escuchar, algo sobre una psicóloga que me ayudaría a darle cuerda a mis recuerdos.

Así que mi padre se fue con los policías para dar una declaración. Mi mamá y yo nos quedamos en la casa. No comí nada, sólo le daba muchas vueltas a lo de anoche, buscando un dato que pudiera ser tomado en serio y así poder dar con el paradero de mi hermano.

Mamá se quedó dormida a las siete y cuarto de la noche. No dijo nada, no lloró en mi presencia ni me echó la culpa, pero esa fortaleza la cansó muchísimo. Cayó exhausta sobre la mesa del comedor; mi padre aún no volvía del pueblo. Ninguno de los dos había reparado en que no sólo Camilo se fue, sino que el gato también, el tazón con la comida estaba intacto.

Le cogí una linterna a mi papá de su cuarto. Yo mismo me metería en el bosque para buscar a mi hermano, ojalá vivo. Salí, pues, y miré el cielo cundido de estrellas, con la luna casi negra en lo alto. Mi única compañía.

Resultó ser una actividad más bien ineficaz. No sabía que tan noche era, pero seguro mi padre ya estaba en la casa. Me estarían buscando, y me metería en un problema grandísimo. Además, salí en mi pijama, sólo con unas botas. Tenía frío, quería volver, pero, al tiempo, no podría hasta saber algo de Camilo.

Una leve llovizna cayó sobre mí. Atrás mío escuché un maullido lastimero entre los arbustos. ¿El gato? Sólo se había escapado, al menos no regresaría con las manos vacías. Me metí entre los matorrales para cogerlo, aunque me desgarré las mangas; avancé un poco más, sin ver nada, únicamente oyendo, cada vez más cerca, hasta un claro...



Me quedé quieto. Un frenazo al que le siguió un vacío en el estómago. Allá, a unos metros de mí, estaba un animal que nunca había visto.

Sus largas patas eran exactas a las del venado que encontramos junto al agua, subiendo el torso y el cráneo se convirtieron en los de un caballo. Sin embargo, la cola se parecía más a la de una vaca y de su cabeza surgían dos largos cuernos; el hocico era el de una gallina; pasé mi linterna por el cuerpo, la piel en algunos puntos era de un pelaje oscuro, pero en otros transparente, podía apreciar las costillas, en un tono rojizo, y los órganos palpitando.

Tardó un momento en darse cuenta de mi presencia. Eso parecía desorientado, como si lo hubieran puesto allí nomás. Cuando mi luz le cegó, volteó en mi dirección. Abrió el pico y de su garganta emergió un maullido delicado, luego dos, tres... Para empezar a caminar hacia mí.

Salté para atrás. La linterna se me resbaló de las manos y todo quedó sumido en la oscuridad, antes de poder sentirla con un pie. Una vez la recuperé, volví a iluminar a la bestia con la esperanza de cegarla y así facilitar mi huida.

Aunque en cierto punto se detuvo. No se me acercó tanto como pensé, así que en vez de invalidarla, lo que logré fue verla de frente y bien. Maulló de nuevo. Me miró, yo la miré.

Sus ojos eran humanos. Ay, Dios mío, ojos de persona, que me observaban, que trataban de decirme algo, porque sentí que me reconocieron.

Quise decir algo... preguntar, de nuevo, lo que no pude la noche anterior, pero me descubrí incapaz. No podía mover el cuerpo, ahora de pie, no en la cama, estaba paralizado; mis oídos no tardaron en sufrir ese horrendo pitido que me retumbó en el cerebro, no tardé en verme cegado por esa luz blanca de los ángeles nocturnos.

Manuel Josué Hernández Bravo, (M. J. Hernández)

Escritor colombiano residente en Bogotá D.C., especializado en el género gótico y de terror. Nació el 8 de mayo de 2000, ha publicado dos relatos, *Las casas inglesas*; y *Mermaid in a manhole*, en la editorial bogotana *DamAndina*. Influenciado por autores como Mariana Enríquez, Stephen King, Sheridan Le Fanu y H. P. Lovecraft, Hernández explora las profundidades del horror, con un particular interés en el *body horror* y las sensaciones desconcertantes.

Además de su labor como escritor, Hernández se desempeña como editor y corrector de estilo independiente. Su amor por el cine de terror y de época se entrelaza con su pasión por la escritura, enriqueciendo su perspectiva creativa y nutriendo su habilidad para tejer narrativas inquietantes y visualmente evocadoras.





LOS EXTRAÑOS OJOS VERDES DE TADEO



Por favor ven, te lo suplico...

Tadeo manejó cuatro horas seguidas hasta llegar a casa de su hermana Leticia. Le dolía la espalda, sentía la boca seca, y un leve dolor de cabeza comenzaba a abrirse paso a través de sus sienes.

Descendió del auto con lentitud y echó a andar hasta la puerta de entrada de la casa, mientras marcaba el número de Leticia.

Buzón de voz, la llamada se cobrará...

Colgó. Hizo una mueca de fastidio. Una ráfaga le revolvió el cabello en ese fresco anochecer de octubre. Era la sexta vez, desde que salió de su casa para lanzarse a la carretera, que el teléfono lo mandaba a buzón.

Por favor ven, te lo suplico.

La frase no dejaba de resonar en la cabeza de Tadeo.

Por favor ven, te lo suplico.

Cuatro horas atrás estaba escribiendo el prólogo para un libro en el estudio de su casa cuando el teléfono sonó. Leticia gritaba llena de pánico, pidiendo su ayuda. Se notaba que le costaba respirar. Él intentó calmarla, pero su hermana estaba histérica.

Por favor ven, te lo suplico.

Apagó la computadora, tomó las llaves del auto, una chamarra y salió tan pronto como pudo. Durante el camino entero intentó contactar a su hermana sin conseguirlo. Por desgracia, no había nadie que le pudiera dar razón de Leticia: sólo se tenían el uno al otro en la vida. Ninguno tuvo hijos ni se casó, vivían solos y se veían en ocasiones especiales, como los cumpleaños o Navidad. El resto de su comunicación era por mensajes de voz o algunas llamadas por teléfono.

Tadeo llamó a la puerta por varios minutos sin obtener respuesta. No había personas en las calles. Todo estaba silencioso, muerto. Sintió otra ráfaga de frío. Para entrar en calor, intentó abrir, pero la llave estaba puesta. Rodeó la casa mientras llamaba en voz alta a su hermana.

Nada. Silencio absoluto. Ni siquiera un perro ladraba. Tampoco pasaban aves ni coches.

¿Dónde está Leticia?

Desesperado, Tadeo rompió una ventana que daba a la cocina y abrió la puerta por dentro. Lo primero que hizo fue intentar prender las luces, pero no lo consiguió. Todo estaba en penumbras. Pisó los cristales, casi sin darse cuenta, y comenzó a explorar la diminuta cocina de su hermana mientras la llamaba: Leticia, Leticia.

Por favor ven, te lo suplico...

Tadeo había llegado a la casa, ¿pero ¿dónde se encontraba su hermana?

Activó la linterna del celular. La cocina estaba en orden, salvo por algunos trastes sucios. Salió para explorar el resto de la casa.



Silencio absoluto.

En la sala, la televisión estaba encendida, pero la imagen en la pantalla estaba congelada. En ella se veía el rostro de una mujer con la boca abierta. Tadeo no alcanzó a distinguir si gritaba, lloraba o hacía otra cosa.

Sintió un escalofrío.

En el rincón, vio una silla tirada. Se agachó para recogerla y después caminó a paso lento hacia una ventana y vio hacia la calle. Ni un alma. No había actividad alguna. «Vaya barrio más tranquilo. Ojalá así fueran todos», pensó Tadeo.

Un ruido provino de la parte de arriba.

Tadeo dirigió la luz del celular hacia las escaleras y comenzó a subir. Se dio cuenta de que sudaba por todos lados. El dolor de cabeza se agudizó. Un olor extraño comenzó a inundar su nariz mientras llegaba al piso superior. Tadeo llamó a Leticia tres veces sin obtener respuesta.

Entró a la habitación de su hermana. La cama estaba tendida. Sobre el buró había todo tipo de objetos. Abrió el armario y movió un poco la ropa: abrigos, sudaderas, playeras, zapatos, ropa deportiva.

Decidió ir a la habitación del fondo, la que su hermana usaba como cuarto de huéspedes. Nada fuera de lo normal. Salvo que en ese lugar se agudizó el olor, el cual era una mezcla de agua estancada, humedad y moho. Tadeo fue hasta la puerta del baño de ese cuarto. La abrió y, después de algunos segundos de inspección, sus ojos se toparon con lo que había en la regadera.

Era una especie de capullo que abarcaba desde el tragaluz en el techo hasta el suelo de la regadera. Tadeo quedó paralizado. Después de algunos segundos, que le parecieron horas, se acercó para examinar aquella cosa. Oía terrible, pero hizo un esfuerzo para echar un vistazo. Estaba hecho de un material extraño. No fue hasta que lo tocó que Tadeo se percató de que el capullo estaba confeccionado de musgo, hojas... y cabello humano.

¿El cabello de Leticia?

El capullo no estaba cerrado. De hecho, parecía que lo que estaba dentro hubiera salido. De las paredes internas y las orillas de aquella cosa, un líquido goteaba hasta el suelo.

—Oye...

Tadeo quiso gritar, pero una sensación de ahogo le atenazó la garganta.

Al darse la vuelta, vio a Leticia de pie frente a él en la entrada del baño. A su lado aparecieron otras dos réplicas idénticas a ella.

—Me alegra mucho verte —dijeron las tres Leticias al mismo momento.

El celular resbaló de las manos de Tadeo y la linterna quedó apuntando hacia el suelo, dejando el baño en tinieblas. Tadeo quiso recuperarlo, pero el brazo de una de sus hermanas fue más rápido, o mejor dicho, más largo, pues la extremidad se extendió como si fuera un tentáculo para tomar el celular.



—Hermano, gracias por estar aquí —dijo una de las tres voces femeninas—. No sabía a quién acudir. No sabía quién me podía ayudar. Las luces me daban miedo. Me acosaron por dos noches y dos días. Acosaron a todo el vecindario. Escuchaba cómo los vecinos gritaban, pero no podía, o no me atrevía a salir.

—Todo estaba mal —dijo la otra voz que sonaba idéntica a la primera—, tenía miedo, hambre, sentía que no podía respirar. Me rodearon y me tenían sujeta sin tocarme. Luego perdí la noción del tiempo cuando me metieron ahí. Pero fue algo hermoso. No escuchaba nada. La temperatura era agradable, al igual que los sueños que tuve. Vi sitios diferentes a la Tierra; animales distintos a los que conocemos; vegetación más grande y colorida. Y también los vi a ellos en su verdadera forma.

—Y cuando salí fue como volver a nacer —dijo la tercera voz, que se escuchaba igual que la primera y la segunda—. Salí fortalecida, acompañada de mí misma, replicada en tres partes que me hacen más sabia. Pero tuve miedo y por ello corrí a llamarte por teléfono. Una parte de mí lo hizo por iniciativa, pero el resto lo hice porque ellos me dieron la orden de contactarte. Y ahora ellos están felices de verte. Te lo aseguro. Y lo mejor de todo es que ya estás aquí.

Después de algunos segundos de silencio, Tadeo escuchó a su hermana (¿o hermanas?) echarse a reír. Pero no era una risa histérica sino suave, contenida, casi tímida.

Los ojos de Tadeo, ahora acostumbrados a la oscuridad, vieron a las tres siluetas cambiar de forma: ya no estaban erguidas sino que adoptaron una posición animal (similar a la de los grillos) y lo rodearon. Quiso resistirse, pero no lo hizo. Sintió que muchos brazos, o patas, o tentáculos, lo sujetaban.

A través del tragaluz, Tadeo vio emerger el resplandor más grande y monstruoso que sus ojos hubieran visto jamás en su vida. Una luz que enceguecía, pero a la vez le permitía ver todo. Hasta sus oídos llegó una especie de zumbido que lo mantuvo aletargado y en paz con todo. Se sentó en la alfombra del baño y contempló todo en parsimonia.

Sus hermanas comenzaron a comerse el capullo en la regadera como si fueran mantis religiosas devorando a sus presas. Una de ellas le ofreció un pedazo y Tadeo lo aceptó. El sabor era terrible, pero lo comió aun así.

Acto seguido, las tres regurgitaron lo comido y con ello construyeron uno nuevo. Tadeo comprendió que el nuevo capullo sería para él.

Las tres Leticias lo condujeron hasta el capullo y le ayudaron a internarse en él. Antes de que quedara cerrado, Tadeo vio en la entrada del baño a una figura que antes no estaba ahí, y que contemplaba la escena en silencio y con profunda atención.

Era larga y extremadamente delgada. Su cuerpo parecía frágil, pero a la vez de una fuerza sobrehumana. A Tadeo le encantó su piel gris cuya humedad brillaba gracias al resplandor de la gran luz del exterior. El ser parpadeó. Sus ojos eran de un intenso color verde.



Aquel visitante pareció dar una orden a sus hermanas y éstas sellaron el capullo. Tadeo cerró los ojos. Dejó que el calor lo envolviera. Pronto, sus sentidos se desconectaron.

Tadeo vio lo inconcebible mientras su cuerpo se dividía en dos partes más para volver a una especie de segunda vida. Vio otros océanos, otras especies vivas, otro tipo de alimentos y también escuchó otras lenguas que no alcanzaba a comprender de manera consciente. Caminó a través de otra clase de bosques y sus manos tocaron un tipo muy distinto de árboles y piedras. Lo mejor fue cuando unos seres de ojos verdes lo invitaron a pasear con ellos. Charlaron, rieron, compartieron información de sus respectivas vidas. Por primera vez en muchos años, Tadeo se sintió escuchado.

Tadeo salió de aquel trance y volvió a esta realidad. Al segundo día, salió del capullo acompañado de dos réplicas suyas. A diferencia de Leticia, no sintió la necesidad de pedir ayuda. Se limitó a salir de la casa y elevar su vista hacia el cielo. Las luces lo recibieron con su magnífico y seductor esplendor. Tadeo se sintió sobrecogido por ellas. Eran hermosas y perfectas, pero también escondían un secreto que podía ser terrible. Algo en su interior le dijo que detrás de ellas se encontraba su hermana.

Otras personas salían de las casas en grupos de tres réplicas. Tadeo entendió que el vecindario no estaba muerto. Sus habitantes sólo aguardaban el momento adecuado para la cita con las luces.

Por favor ven, te lo suplico...

Aquí estoy, hermana. Aquí estoy.

Una luz roja apareció ante los ojos de las réplicas allí reunidas y formó una especie de puente. Todos comenzaron a caminar hacia él, pero llegó un momento en que su andar dejó de ser en posición erguida para cambiar a una posición animal. Todos se desplazaban como si fueran grillos, cucarachas, arañas o mantis. Tadeo y sus réplicas los imitaron. Una extraña emoción inundó su pecho.

En el interior de la nave, Tadeo buscó con la mirada a su hermana, pero no la encontró. Ya habría tiempo para la reunión. Sabía que pasaría un tiempo indefinido en su nuevo hogar.

Las luces se elevaron en el cielo hasta desaparecer por completo. De nuevo, la noche recuperaba su derecho a inundar al mundo de tinieblas.

Años después, Tadeo volvió a su hogar. El tiempo parecía haberse detenido en su cuerpo. No había envejecido desde la última vez que sus vecinos lo vieron subirse a su auto.

Seguía siendo el mismo tipo de siempre: tranquilo, amable, un poco retraído. Lo único extraño en él era su nuevo estilo de vida: no recibía a nadie, no abría las ventanas de su hogar en todo el día, y solo salía a la calle de noche a comprar algunos suministros en la tienda, o a correr.

Los pocos que llegaron a charlar unos minutos con él se fijaron, extrañados, en los intensos ojos verdes de Tadeo que antes no eran parte de su apariencia.



Pero hay algo que desconcierta aún más a los vecinos de Tadeo. Desde su regreso, en ocasiones aparecen luces extrañas en el cielo al caer la noche. Y algunas tardes y noches se puede ver a Tadeo salir a caminar con dos hombres muy similares a él. Algunos testigos dicen que son idénticos uno del otro. Réplicas exactas.

Y que también tienen los mismos ojos verdes de Tadeo.

Rodrigo Ayala (Ciudad de México, 1982)

Escritor, editor, periodista, profesor independiente y, sobre todo, consumidor voraz de todo lo relacionado al terror en el cine y la literatura. Autor de dos libros: Siempre al anochecer y otros cuentos de lo extraño, y Pótwor. Sus cuentos han aparecido en varias antologías impresas y digitales. Además de escribir, ver películas raras, escuchar rock y leer libros aterradores, se dedica a impartir cursos en línea sobre cine y literatura de terror.



INVITADO DE ESTA EDICIÓN





Roberto Abad (Cuernavaca, 1988)

Escritor y músico. Estudió Ciencias de la Educación (UAEM). Algunos cuentos suyos se encuentran publicados en antologías y medios nacionales e internacionales como la revista española Quimera y The South Carolina Review, y se han traducido al francés y al portugués. Fue becario de la Fundación para las Letras Mexicanas en el área de narrativa. Coordinó el proyecto Breve manual del libro fantástico (UAM Cuajimalpa, 2020). Ha publicado el libro de minificción Orquesta primitiva (Fondo Editorial Tierra Adentro, 2015) y el libro de cuentos Cuando las luces aparezcan (Paraíso Perdido, 2020), con el que obtuvo el XI Premio Nacional de Narrativa “Ramón López Velarde” en 2018. Y en 2023, publicó en la colección Hilo de Aracne de la UNAM el libro El hombre crucigrama.



HISTORIA SOBRE MI FAMILIA

LA LLEGADA

El señor Maussan me recomendó que estuviera atento. Entendí lo que quería decirme: no era hora de jugar. Esperábamos quietos en una esquina de la recámara cuando las voces se oyeron en la sala, luego en el pasillo de arriba y, por último, detrás de la puerta. Padre entró en una silla de ruedas. Lo empujaba un enfermero flaco, pelón, vestido de ropa blanca. Entre él y Madre lo acostaron. Ella agradeció, después lo llevó a la salida. Le pregunté al señor Maussan qué debía hacer ahora. Me pidió que viera a Padre. Tenía la cabeza vendada, parecía un esqueleto y apesataba a medicina. Del asco, me tapé la nariz.

Los doctores dijeron que fue un derrame cerebral. Que por eso lo operaron de urgencia. Y no sé qué más. En cuanto Madre me lo contó, corrí a buscar en la computadora de qué se trataba. Una venita malformada explotó en su cabeza y adentro se llenó de rojo. El señor Maussan, que sospechaba hasta de las plantas, me pidió que siguiera investigando, debía haber otra explicación; estuve de acuerdo. Leí en blogs sobre algunos casos de gente que abandona a su familia. Casi todos eran muy distintos al nuestro, menos el del video. No sé cómo, luego de muchas vueltas y de dar clics aquí y allá, llegué a él. Unas personas contaban la historia de un campesino que desapareció de pronto; meses después volvió con las mismas características de Padre.

Saca las colchonetas, hijo, aquí vamos a dormir, dijo Madre cuando subió las escaleras y entró al cuarto. Traía la cara escurrida como una manzana seca.

Primero tengo que averiguar, le contesté.

Necesito que me ayudes, por favor. Haz lo que te digo.

Es importante.

Estoy cansada. Obedece, carajo.

Cuando me hablaba con ese tono, las órdenes me resultaban confusas. Debían pasar tres minutos con veinte segundos para darme cuenta de lo que realmente quería que hiciera. Pero esa vez no me tuvo mucha paciencia. Abrió el clóset y aventó las colchonetas al piso.

El asunto empezó un día en que Padre no volvió del trabajo. Alguien llamó por teléfono. Nos dijo que él estaba en el hospital y fuimos. Los doctores no nos dejaron entrar a verlo. El señor Maussan me preguntó cuánto tardaría una nave en llegar a la nube de Oort; levanté los hombros. Madre comentó que lo mejor era quedarnos tranquilos, sin hacer berrinches. Pero fue la primera en romper las reglas. Empezó a gritar para que nos dejaran ir con Padre. Vino un guardia. Entonces ella se sentó conmigo en la sala de espera. Aunque, media hora más tarde, volvió a gritarles que necesitaba entrar. Estuvimos ahí muchos días. Se hacía de noche. Salía el sol. Y así. Hasta que fueron a avisarnos que lo habían dado de alta.



Esa mañana, después de extender las sábanas, llevamos a Padre a la regadera. Al quitarle las vendas, miré varios cortes en su cuerpo. Lo habían rapado, tenía una rajada en la nuca con la forma de un ciempiés. Quizá lo más raro fueron los tres hoyos: uno en el estómago, como un segundo ombligo; otro en la garganta, por el que se escuchaba la respiración, y el último en la frente, que no era un agujero en realidad, sólo estaba sumido.

¿Qué son esos hoyos?

Tuvieron que abrirle.

¿Por qué?

Es difícil explicártelo. Mejor apúrate, échale agua.

Madre lo tallaba suave para no lastimarle las cicatrices. Cuando le enjuagó la espalda, le habló al oído: ya pasó, viejito, ya estás con nosotros. Pero a él poco le importaba lo que dijéramos, su cara seguía sin moverse. Y si una cara no se mueve, entonces no sabes lo que quiere o lo que siente por dentro. Me dieron ganas de alejarme.

Intenté decírselo a Madre, pero también estaba paralizada, no oía. Me pregunté si un derrame cerebral cambiaba a los que estaban cerca del enfermo. El señor Maussan respondió que no me preocupara. Juntos íbamos a llegar al fondo de esto.

En la cama, la ayudé a vestir a Padre. Le puse un calcetín y ella otro. Después le colocamos una playera. No podía dejar de mirarle los ojos. Parece un pug, pensé en voz alta y Madre me hizo a un lado, enojada. Nuestra situación era más o menos igual que la del hombre del video. El señor Maussan pensaba lo mismo. De hecho, la piel de Padre era del mismo color, como muy blanca y algo azul con un poco de morado. En ese momento recordé a la esposa del campesino, que, sin dejar de llorar, decía a la cámara:

Ninguna familia supera una abducción.

COMER

El señor Maussan era mi amigo desde hacía bastante tiempo. Lo conocí un sábado mientras buscaba en Internet fotografías del cosmos. Descubrí que él tenía un programa en el que pasaban videos de ovnis. Nos caímos bien de inmediato. Le mostré mis dibujos. Comentó que yo era un gran artista y empezó a visitarme cada semana, luego se quedó. Tenía el cabello blanco, llevaba un saco verde pistache, zapatos cafés y pantalón de mezclilla, y una libreta en la que apuntaba nuestros planes; por ejemplo, averiguar qué le ocurrió a Padre.

Durante esos días de la llegada no pude dormir. Me la pasaba platicando con el señor Maussan. Él estaba muy al pendiente de la familia y me ayudaba a tener las cosas claras. A veces nos alternábamos para ver, desde la puerta, qué hacía Padre. Los brazos se le llenaron de moretones por los piquetes que le dieron en el hospital. Era como un sillón: no hablaba, sólo permanecía



fijo a mitad del cuarto. Una mañana Madre me sorprendió espiando.

Salúdalo, dijo y me llevó con él.

Hola, ¿qué te pasó?, ¿cuándo vas a llevarnos al terreno?

Antes de que Padre desapareciera, nos iríamos a vivir a la otra casa en La Herradura. La construyó en un terreno cerca de una montaña, había árboles y pájaros. Al final ya no nos fuimos. Nunca supe por qué. Quería que me dijera si fue mi culpa. Creo que intentó contestarme; puso los ojos grandotes y, con mucho esfuerzo, abrió la boca dejando salir un quejido.

¿Nunca va a volver a caminar?

No sé, hijo, quizás en unos meses.

Cuando lo haga, ¿se va a ir de nuevo?

Madre intentó abrazarme. Ella sabía lo mucho que me molestaba que me pusieran las manos encima. Sentía que me faltaba el aire, apretaba los dientes, quería gritar. Entonces, al ver que empezaba a ponerme colorado, dio unos pasos, tomó distancia, como si entre nosotros hubiera una pared invisible. Después se quedó callada.

El señor Maussan decía que, cuando las personas no se permitían hablar, o guardaban un secreto o estaban enojadas contigo. Pero Madre, incluso enfadada, era capaz de responderme. Por eso lo más probable es que escondiera algo. Quizá tenía que ver con la abducción. Decidí concentrarme en recolectar pruebas.

A la hora del desayuno, Madre trajo unas pastillas trituradas en un plato lleno de agua. Se las daba por la boca a Padre con una jeringa. Le decía: a ver, viejito, tómese su medicina. Y yo le ayudaba a agarrar el recipiente.

Como vio que era cuidadoso, me pidió que lo ayudara a comer. También lo hizo para que conviviéramos más, ahora que él tenía tiempo. Y porque pensaba —la escuché decirlo— que las personas que se quieren deben estar juntas. El señor Maussan comentó que no tenía por qué ponerme inquieto. Madre me entregó un plato con papilla. Acerqué una cuchara a la boca de Padre, esperé hasta que la pudo abrir. Le escurrió un hilo de baba. Lo limpié y volví a arrimar la cuchara. Esta vez logramos hacerlo, aunque se le escaparon unas gotitas de caldo por los labios y se ensució la playera. El corazón me latía muy fuerte; estábamos haciendo algo juntos. Siempre decían que nos parecíamos, que yo había sacado su nariz. Si me lo hubieran dicho mientras le daba de comer, habría contestado no, no y no. Ni siquiera se parecía a él mismo; entonces yo tampoco era parecido a nadie.

Madre se alegró de que pudiera acabarse la papilla. Le dijo: con la ayuda de los ángeles y de Jesús vas a mejorar poco a poco. Y regresó a la cocina a dejar los trastes. En ese momento me acerqué al oído de Padre y le susurré: sabemos lo que te pasó. Ella no se ha dado cuenta, pero se lo diré en cuanto pueda.

Sabemos lo que te pasó y vamos a ayudarte.

HABLAR

El enfermero pelón y un acompañante enano de brazos largos volvieron a casa una semana después.

Se quedaron cincuenta y tres minutos cuidando a Padre. Le inyectaron un líquido azul en el brazo izquierdo. Y se fueron. Al otro día vinieron dos veces, a las diez de la mañana y a las cinco de la tarde. Le pusieron una inyección más. Eran amables, pero al señor Maussan le parecieron sospechosos. Me preguntó si los doctores sabían de las visitas; no supe contestarle. Cuando se lo comenté a Madre, se enojó conmigo:

Tu papá casi se muere y a ti sólo se te ocurre pensar quién puede venir y quién no. Nadie de la familia se digna a visitarlo. ¡No les importa! Dios sabe por qué hace las cosas. En lugar de quejarte, mejor deberías preocuparte por él, ¿oíste?

¿Los enfermeros van a seguir viniendo?

Que venga quien quiera.

¿Pero son buenos?

Mientras lo curen.

El señor Maussan dice que...

No empieces, no ahora.

Pero es que...

Te lo ruego, hijo.

Después del desayuno, pasamos a Padre al reposet que estaba junto a la ventana. El calor lo reanimaba de alguna manera, la piel se le ponía brillante y olía a crema de flores. Mientras lo veía descansando con los pies elevados, llegué a pensar que era una especie de bebé adulto, pero tenía siempre la misma edad. ¿Iba a gatear en algún momento? ¿Volvería a hablar? Quizá para entonces podríamos tener una plática. Antes, si le preguntaba qué había hecho en el trabajo o cuándo nos llevaría al cine, se enojaba. Pero ahora era otro.

En uno de los videos que el señor Maussan y yo revisamos, mencionaban una forma para hablar con el abducido. Como la mayor parte del cuerpo estaba afectada, proponían que usara los párpados. Un parpadeo significaba sí; dos parpadeos, no.

Aproveché que Madre hablaba por teléfono y entré en el cuarto. Padre se despertó al sentirme a su lado. Le expliqué. Sólo tienes que concentrarte, le dije. Para saber que me había entendido, agarré un vaso y le pregunté si sabía cómo se llamaba ese objeto.

¿Es un tenedor?

Parpadeó dos veces.

¿Es un vaso?



Parpadeó una vez.

Leí en una página de Internet que las personas a las que les da un derrame cerebral empiezan a mejorar después de un año. Y sólo con mucha terapia. Hay casos en los que se quedan en cama sin poder decir lo que sienten. A Padre no le había dado un derrame. Podía entenderme sin ningún tipo de ejercicio. Tenía que contárselo a Madre; se pondría feliz. El señor Maussan recomendó que primero me enfocara en lo importante. ¿Qué era lo importante? Que un idioma acababa de nacer entre nosotros y lo estaba desaprovechando.

¿Te lastimaron?

Cerró los ojos una vez.

¿Te abrieron la cabeza?

Cerró los ojos una vez.

¿Vienen de muy lejos?

Cerró los ojos una vez.

¿Pudiste verlos?

Parpadeó dos veces.

Antes de la última pregunta, pasé saliva y dije:

¿Van a volver?

Padre cerró los ojos y no volvió a abrirlos.

CONVERSACIÓN

Padre no quiso hablarme más. Cuando me acercaba, mantenía los ojos cerrados por completo. Creo que le molestaron mis preguntas. Debí pedirle permiso a Madre primero, pero tampoco quería decir nada. El señor Maussan dijo que fue un buen avance y que ya habría una mejor ocasión para entrevistarlo. De cualquier manera, a la hora de la comida, mientras Madre picaba verdura en una tabla, le pedí que me escuchara:

Nunca estuvo en el hospital, ¿sabías?

Ah, ¿no? ¿Entonces?

Lo que le pasó se llama abducción. Me lo confesó.

No digas tonterías.

Madre dio un suspiro y siguió cortando las calabazas; me quedé pensando durante diez segundos cómo podría lograr que entendiera.

Busqué en la computadora, dije, a los que les pasa esto se los lleva una nave y, cuando vuelven, dejan de ser ellos mismos. No pueden moverse, no hablan, ni siquiera te reconocen. Yo no



creía, pero vi un video de la familia de un campesino. Luego me enteré de que podías preguntarles y ellos respondían con los párpados.

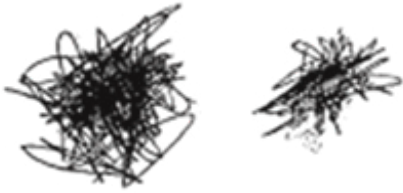
Madre soltó el cuchillo, se limpió las manos en el mandil y me miró.

¿Quieres saber qué me dijo?

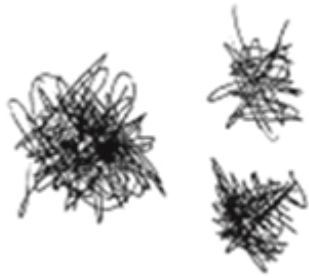
Ella negó con la cabeza y agregó: déjame sola.

RETRATOS

Los enfermeros vinieron por la tarde. No hicieron nada distinto. Saludo. Inyección. Y adiós. Madre los acompañó a la puerta. Dibujé a Padre y a Madre en un cuaderno:



También a los enfermeros con Padre:



Luego me dibujé a mí y al señor Maussan:



MADRUGADA

Mientras Padre dormía, Madre y yo lo cuidábamos acostados sobre las colchonetas. Escuchábamos los ronquidos; a veces respiraba lento y a veces dejaba de hacerlo. Nadie sabía bien cómo



funcionaba su cuerpo. Nos preocupaba que fuera a ahogarse. Pero había noches en que terminábamos cansados y dormíamos como osos.

Una madrugada me despertó el silencio de la habitación. Sentí que Padre había dejado de respirar. Cuando me levanté, lo vi al lado de la ventana, mirando hacia la calle. No hacía nada más. Entraba un poco de luz blanca que venía del poste. Cerré los ojos, los apreté y los volví a abrir. El señor Maussan me aseguró que no era un sueño. Las manos comenzaron a temblarme. Me puse de pie. Di unos pasos.

¿Estás bien?, le pregunté.

Sentí su mano fría y pesada y, cuando sintió la mía, recogió los dedos, volvió a la cama y se sentó en la orilla. Desperté a Madre. Ella prendió la luz. Al notar lo que sucedía, gritó: ¡santo Dios!, no puede ser, y lo abrazó llorando. Padre movió el cuello haciendo que le tronaran los huesos. Nos quiso decir algo, pero sólo tosió y se limpió la saliva.

¿Tienes sed?, ¿hambre?, ¿te duele el cuerpo?, dijo madre y fue a traer agua.

Padre giró la cabeza, levantó la mano y me saludó. Bajé las escaleras, fui detrás de Madre. Le pregunté por qué se había recuperado tan pronto. Eso no podía pasar, no si había sido un derrame lo que le ocurrió. Ella salió de la cocina sin contestarme.

En la mañana vino el enfermero pelón. Al saber de la mejoría de Padre, se alegró y mencionó con su voz de hospital: la recuperación del paciente es óptima. Y yo, que no sabía lo que significaba esa palabra, fui a buscarla a la computadora. Quería decir que una cosa era extraordinariamente buena. Cuando volví a la sala, me lo encontré de frente; se despedía de Madre y de Padre y, al ver que yo estaba detrás de ellos, preguntó:

¿Y este muchacho?

Es nuestro hijo, respondió Madre.

Pero qué guapo y bien portado. ¿Cuántos años tiene?

Cumplió veinte hace poco, dijo Madre con una sonrisa nerviosa y me agarró del brazo para que lo saludara, pero corrí al final del pasillo. Desde ahí vi que ella pidió disculpas por mi actitud. Lo acompañaron hasta la puerta y le dijeron adiós. De regreso, Padre se acostó en el sillón de la sala y prendió la tele. Madre le llevó un té con un pan dulce. Yo salí y grité: ¡no quiero saludar al enfermero nunca!

Padre cambió de canal. Madre fue a cepillarse el cabello; luego nos avisó desde la puerta que iba al mercado, que no tardaría, y nos lanzó un beso a los dos. En cuanto salió, el señor Maussan y yo concluimos que lo mejor era encerrarnos en el baño. Así que estuvimos sentados, junto a la taza, dibujando círculos en la pared con la punta del dedo. Nos pusimos a contar las cucarachas del piso. Llevaban mucho tiempo encerradas, tenían las patas peludas y la panza tiesa. Pudieron haberse muerto de hambre. Quise llorar.

Después de ciento quince minutos, se oyeron ruidos abajo. Regresamos a la sala. Madre no se



veía por ninguna parte; me cansé de llamarla. Padre, en cambio, seguía en el reposet, pies arriba. La tele estaba apagada, pero él no dejaba de mirarla.

MIEDO

Cuando volvió Madre, le ayudé a ordenar el mandado y aproveché para preguntarle si era malo que le tuviera miedo a Padre ahora que se había levantado. Ella soltó lo que tenía en las manos y me abrazó, pero no lo hizo por mucho. Seguramente sentía lo mismo que yo. Después se recargó en una silla del comedor, mordiéndose las uñas.

En realidad, lo que quería platicarle era que encontré en una página que algunos lobos de las montañas son separados de la manada cuando nacen, porque si el líder los encuentra puede llegar a comérselos. Los cachorros crecen pensando que en cualquier momento serán devorados por el lobo más grande, que también es su padre.

Hubiera querido preguntarle a Madre si Padre quiso comerme alguna vez, antes de ser abducido, cuando yo estaba pequeño. Porque lo que sentí al verlo en la ventana, una noche atrás, fueron muchas hormigas en el estómago. No me atreví a mencionarlo.

Madre me dijo que ya no pensara en eso, que Padre me quería mucho. Y es que tampoco llegué a decirle que las ratas se comen a sus crías. Ahí son las madres las que se encargan de hacerlo. Las ratas bebés son pequeñas y rosadas, se mueven poco, chillan. La madre toma con las patas a una de las recién nacidas, se la lleva a la boca y le entierra los dientes en la cabecita. Algunas ratas devoran únicamente a las crías débiles.

Y yo sólo quería preguntarle si sabía esas cosas.

HABITACIONES

A partir de que pudo moverse, Padre empezó a confundir su habitación. Si se quedaba solo un instante, desaparecía y terminábamos encontrándolo en otra cama; en cuestión de segundos se borraba de nuestra vista. Entonces abríamos todas las puertas para encontrarlo. No es que la casa fuera grande, más bien parecía serlo para él.

Cuando lo encontrábamos, bostezaba como un león que no ha dormido nunca, no se daba cuenta de que estábamos enfrente. Lo llevábamos de vuelta, Madre de un brazo y yo del otro. Pero apenas nos distraíamos, había que ir a traerlo de nuevo. Creo que le gustaba perderse o inventar escondites. No podíamos estar seguros porque, si Madre le preguntaba qué necesitaba, simplemente dejaba de moverse.

¿Cómo sabremos lo que busca si nunca más va a hablarnos?

Madre me agarró de la cara, me rogó que dejara de decir eso, que estaba harta de lo que yo



decía y que me fuera al cuarto. Después se puso a llorar. Por más que le pedí disculpas, siguió gritando que no quería verme. Me sentí mal, pero no supe cómo contentarla. Todo el día estuve encerrado en el baño, pensando qué decirle para que me quisiera de nuevo. Varias veces oí los pasos yendo y viniendo, regresando a Padre a su habitación.

En la noche, ya con las luces apagadas, escuché las lágrimas de Madre. Me acerqué a su colchoneta; estaba tibia y suave como una cama de nubes.

¿Ya te dormiste?

Qué quieres.

Nada. Tengo hambre.

Hay leche en el refri.

¿Ya te vas a dormir?

No sé.

Quiero decirte algo.

No estoy de humor, hijo.

¿Por qué?

Casi son las doce.

Sí, perdón.

Madre aguantó la respiración unos segundos. No pude callarme y le dije:

Lo extrañas, ¿verdad?

Se volteó despacio, nos quedamos viendo un rato. Ella tenía los ojos hinchados y brillosos. Me sonrió, pero al mismo tiempo era como si no lo hiciera:

Extraño nuestra vida de antes. Las visitas al terreno. Todo era más fácil. Me gustaba verlo entusiasmado con la casa. Quería que estuviéramos bien. No entiendo qué hice o qué hicimos. No sé cómo llegamos a esto. Quisiera que me ayudaras; que si te digo que hagas algo, en verdad lo hagas. Quisiera que entendieras... Sí, lo extraño, lo extraño mucho. ¿Y tú?

¿Yo qué?

¿Lo extrañas, a tu papá?

Al fin me había respondido. El señor Maussan, que también se alegró, me convenció de arriesgarme. Debía ser valiente de una vez por todas. No iba arruinarlo, tenía que decirle lo que pasó. La tomé de las manos y, sin pensarlo más, pregunté:

¿Crees en los extraterrestres?

Madre volvió a darme la espalda.



DESCUIDO

Pasó a las diez de la mañana. Yo estaba en la cocina comiendo un sándwich que me preparé cuando escuché los gritos de Madre. Entró corriendo hacia mí, traía una toalla alrededor del cuerpo, me agarró de los brazos: ¡¿dónde está?! ¡Te encargué que lo cuidaras!

Fuimos a la sala. La puerta principal se encontraba abierta. Madre dijo muchas groserías. Dimos un recorrido por las habitaciones. Pensé que Padre se habría escondido. Para tenerlo claro, hice una lista de lugares que podría utilizar de refugio: debajo de la cama, encerrado en el armario, en el refrigerador, en la maleta de Madre.

Mientras ella terminaba de vestirse, hice mi propia búsqueda. No lo encontré.

Madre salió de casa, fue hacia un lado de la calle preguntando a los vecinos; yo iba detrás de ella diciendo: ¿han visto a Padre?, ¿han visto a Padre?, ¿han visto a Padre? Pero nadie sabía dónde estaba. Hablamos a la policía, dijeron que debían pasar setenta y dos horas. Entonces Madre fue en el coche a buscarlo. Sin perder tiempo, prendí la computadora.

El señor Maussan y yo revisamos los videos sobre abducciones. En ninguno mencionaban algo sobre las personas que desaparecen dos veces. Me puse triste. Recordé que en una página mostraban un dibujo de la cara de un ladrón para encontrarlo. Le pregunté al señor Maussan si creía que era una buena idea. Dijo que sí. Agarré mi lápiz y mi cuaderno. Dibujé otra vez a Padre. Le puse ojos, boca, nariz. Escribí su nombre, el teléfono de Madre y, debajo: «se busca». Fui a la papelería de la esquina, le dije a la señora que quería veinte copias.

¿Dónde está tu mamá?

Salió a buscar a Padre.

Me dio las copias con la condición de que regresara a casa y me quedara sentado esperándola. Pero fui a pegar las hojas en las entradas de los vecinos. Después volví a casa y me encerré en el baño a esperar.

Perdí la cuenta de los minutos que estuve junto a la taza. Al salir ya era de noche y hacía frío. Madre estaba sentada en la cama de Padre. Cuando me acerqué, preguntó si él había dicho algo antes de irse. No pude recordarlo.

Está bien, dijo, no te preocupes.

¿Dónde está?

No sé.

Más tarde fuimos a un programa de noticias. Madre salió en la pantalla; yo me emocioné. Un señor de corbata y traje negro le preguntó las señas particulares de nuestro familiar. Me toqué la frente, la garganta y la boca del estómago. Los agujeros, dije en voz baja. Pero no me escuchó o prefirió decir que su piel era blanca. Mostró una fotografía que se parecía al Padre de ahora. Cuando se acabó la entrevista, me llevó de vuelta al coche. Ninguno de los dos habló. Al llegar a casa, nos acostamos junto al teléfono del cuarto.



LA LLAMADA

Eran las diez de la mañana cuando sonó. Madre dormía aún; no sé a qué hora dejó de llorar. Contesté: bueno, hola, y se oyó una respiración. Alguien, quizá la misma persona que habló para decir que Padre estaba en el hospital, dijo: en el terreno de La Herradura. No entendí qué quería decir y pregunté qué quería decir. Pero colgó.

Madre despertó en ese momento, puso la cara que pone si hago cosas malas. Me arrebató el teléfono, se lo arrimó a la oreja.

Ya colgaron, le dije.

Quién era.

No sé.

Qué dijeron.

En el terreno de La Herradura.

Madre se quedó mirando la pared con la boca abierta. Se vistió, tomó las llaves del coche y salimos; me subió en el asiento de adelante. El señor Maussan iba atrás. Al principio me asusté porque ella manejaba como si escapáramos del mundo: esquivaba autos, perros, personas...

¿A dónde vamos?

¿A dónde crees?

Aceleró. Entramos en la carretera. Nos desviamos por un camino de polvo. Siete minutos después, vi una casa gris a la que le faltaban techo, puertas y ventanas; parecía abandonada. Al lado se alzaba una colina llena de pasto. Madre frenó. Nos quedamos viendo hacia allá. Había alguien en la parte más alta.

Fuera del coche, ella me tomó de la mano y yo tomé al señor Maussan. Empezamos a correr los tres por encima de la hierba, atravesando un campo de plantas que habían perdido su color y vivían en la tierra sin moverse. Tronaban, a cada paso, como rezongando.

Padre estaba de rodillas, con la cara hacia el cielo, desnudo. Conforme me acercaba más pensaba en la familia del campesino. Madre tropezó con una piedra de pronto y se lastimó el tobillo. Me pidió que no me detuviera, que fuera a rescatar a Padre. El señor Maussan dijo que nos apresuráramos. En ese instante corrí con todas mis fuerzas. Madre empezó a gritar.

Al llegar a donde estaba Padre, le pregunté por qué se había ido sin avisarnos. Lo agarré de los hombros; tenía la piel helada como un tenedor. Le supliqué: responde, por favor, dime algo, por qué, por qué. Entonces juntó los labios, parecía que iba a hablar al fin. Lo sacudí otra vez y lo único que hizo fue mirarme y por primera vez nos quedamos viendo de cerca. Descubrí que tenía manchitas rojas en los ojos. Madre dejó de gritar.

Cuando regresé por ella, sólo encontré su ropa.



